



A 70 años del asesinato



Trotsky

Presentación



Con este folleto, Convergencia de Izquierda realiza un homenaje a León Trotsky, para conocimiento de las jóvenes generaciones que despiertan a la vida revolucionaria.

Presentamos a nuestros lectores los artículos "Octubre y Trotsky", "La revolución de octubre", "La Revolución Traicionada" y "Hacia la IV Internacional", que fueron publicados en Correo Internacional No.49, con ocasión de los 50 años de la muerte de Trotsky. Por razones de espacio, hemos debido resumir los textos.

Además, publicamos distintos textos de Trotsky que siguen manteniendo toda su actualidad, como un extracto del artículo "Sobre los Estados Unidos de América", escrito en 1936, en el cual el lector podrá ver las grandes similitudes entre la crisis económica de los años treinta y la actual.

"Contra el oportunismo y revisionismo sin principios", es un capítulo del Programa de Transición, muy apropiado para comprender las tareas en la actual etapa de lucha contra los gobiernos "progresistas" o de "frente popular" en

América Latina.

Para ayudar al lector en la comprensión de la magnitud de la represión stalinista y de la lucha de la oposición trotskista contra ella, publicamos un interesante extracto de "La Neonep stalinista", del historiador trotskista ruso Vadim Rogovin, que investigó exhaustivamente la actividad de la Oposición de Izquierda en la Unión Soviética.

El conmovedor relato "Con Trotsky hasta el final", fue escrito por su secretario privado Joe Hansen, sobre el día del asesinato.

Así mismo, presentamos el artículo "1989: La revolución política se hace realidad", así como una detallada cronología que permitirá seguir la vida del dirigente revolucionario a lo largo de los años.

Por último el texto de Nahuel Moreno "Sertrotskista hoy", que define con claridad las razones por las cuales el pensamiento del compañero de Lenin, mantiene su plena actualidad.

Esperamos de esta manera rendir un digno homenaje a nuestro guía y dirigente.

Si Trotsky reviviera

Hace setenta años, el 21 de agosto de 1940, en su casa amurallada de Coyoacán, en las afueras de Ciudad de México, León Trotsky fue asesinado por un agente de la GPU. Expulsado de la Unión Soviética en 1928, exiliado en el único país sobre la tierra que le dio asilo, el Viejo había dado órdenes de no requisar a los visitantes. No quería interponer más obstáculos entre el mundo y él, sabiéndose condenado, seguro de que las fuerzas de la historia son más poderosas que las paredes más altas, y que Stalin no se detendría ante ningún obstáculo para asesinarlo.

Ramón Mercader también llamado Jacques Mornard o Frank Jacson, visitó a Trotsky para pedirle que corrigiera un artículo. El viejo terminó de alimentar a sus conejos, entró a su estudio, se sentó, y el asesino clavó en su cuello un piquete de alpinista.

Al día siguiente, fallecía en el hospital el presidente del Soviet de Petrogrado en 1905, el presidente del Soviet de Petrogrado en 1917 y organizador de la insurrección de octubre, el fundador del Ejército Rojo y de la Cuarta Internacional.

Trotsky, su familia, sus amigos y partidarios, fueron perseguidos hasta la muerte. Su nombre fue borrado de los libros de historia, su imagen eliminada de fotos y películas, tres de sus cuatro hijos fueron asesinados, una se suicidó, casi toda su familia fue aniquilada, los dirigentes de la Revolución de Octubre, los generales y oficiales del Ejército Rojo, y cientos de miles de honestos revolucionarios y militantes del Partido Comunista, fueron deportados, exiliados, torturados y asesinados, acusados de un solo crimen: “trotskistas”, palabra que se convirtió en sinónimo de “revolucionarios”.

Stalin tenía que eliminar a ese hombre indefenso, de pelo blanco, que, con su compañera Natalia, se acostaba por las noches agradeciendo un día más de vida.

Contra la corriente

La revolución rusa de 1917, dirigida por Lenin y Trotsky, dio el primer paso en la historia para dejar atrás la barbarie capitalista. El gobierno soviético, basado en la democracia obrera, expropió a la burguesía, se enfrentó y venció 14 ejércitos durante la guerra civil. A comienzos de los años veinte, Lenin y Trotsky esperaban que la revolución europea viniera en su auxilio, pero ésta no triunfó y la joven república soviética quedó aislada.

El Partido Comunista se fue burocratizando, al mando de José Stalin, quien expulsó a Trotsky del país, en 1928. En los años treinta, la persecución se convirtió en una campaña de terror que liquidó a buena parte del partido

de Lenin, a los dirigentes de la revolución de 1917, a los oficiales del Ejército Rojo que ganaron la guerra civil, y a toda expresión de disenso con el stalinismo.

Paralelamente, en Europa, la clase obrera libraba históricas batallas. La revolución y la guerra civil en España, la revolución en Francia en 1936 y las grandes luchas de la clase obrera alemana, podrían haber impedido el triunfo del fascismo, cambiando el curso de la historia.

No fue así, por el peso combinado de los dos grandes aparatos burocráticos que dominaron al movimiento obrero del siglo XX: la socialdemocracia y la internacional comunista – stalinista.

Los partidos socialdemócratas de la II Internacional eran mayoritarios en la clase obrera europea, y llegaron al poder en España y Francia. En los dos países, pactaron con un ala de la burguesía en los famosos gobiernos de Frente Popular, desarmando a la clase obrera en lucha contra Franco y el fascismo.

Por su parte, los Partidos Comunistas de la III Internacional tuvieron una política ultraizquierdista de no unirse con los partidos socialdemócratas, permitiendo el triunfo del nazismo en Alemania. Luego giraron 180 grados, ingresando a los frentes populares con la burguesía, al tiempo que liquidaban físicamente a los opositores de izquierda como hicieron con Andrés Nin en España.

La clase obrera europea no pudo frenar el ascenso de Hitler, al tiempo que, en paralelo, Stalin desplegaba su oleada de terror en la Unión Soviética.

Trotsky, exiliado, aislado, expulsado de Europa, se había refugiado en México desde 1937. Pero Hitler y Stalin le temían como a nadie. Sabían que, por entre los escombros de la guerra que se avecinaba, volvería a saltar el fantasma de la revolución, como había sucedido en 1917, cuando después de la Primera Guerra Mundial se hundió el zarismo y triunfó la revolución rusa. Así le dijo un embajador a Hitler en Berlín: “Temo que al término de una guerra no haya más que un vencedor: el señor Trotsky”.

Sabían que, si llegaba a estar vivo, su figura solitaria, con apenas un puñado de seguidores en todo el planeta, emergería como personificación de Octubre, para traerles el mensaje de 1917: haced la revolución. Si hubiera triunfado, no sabemos, pero Stalin evitó la duda con el golpe del piquete de Ramón Mercader.

El mundo que Trotsky no vio

La Segunda Guerra Mundial culminó con la derrota del fascismo. La contenida revolución mundial emergió

de entre las ruinas, no como los manuales la habían previsto, no como Trotsky la hubiera querido. Pero si el viejo dirigente se levantara hoy de su tumba, no daría crédito a sus ojos.

La URSS no sucumbió. A pesar de la criminal política stalinista, que debilitó al Ejército Rojo decapitando a sus mejores hombres justo antes de la guerra, y de la brutal colectivización que provocó la hambruna en Ucrania causando millones de muertos, y que generó un enorme descontento, los trabajadores y el pueblo ruso protagonizaron una de las gestas heroicas más grandes de la historia, venciendo militarmente a Hitler a costa de treinta millones de muertos.

En 1945, con el impulso del triunfo, Europa entera estaba a merced de la revolución.

Si el capitalismo no fue destruido, fue porque nuevamente Stalin acudió en su auxilio, pactando con Roosevelt y Churchill, los dirigentes de Estados Unidos y Gran Bretaña, la división del mundo en esferas de influencia. De esta manera, dejó Europa Occidental en manos capitalistas, frenando la revolución en Francia, Italia y Grecia, conformándose con el control de Europa del Este.

A pesar de la colaboración de Stalin, la revolución continuó su curso: el Ejército Rojo ocupó Europa del Este expropiando al capitalismo. En 1949, los trabajadores y campesinos chinos, que Trotsky vio derrotados en sangre en los años treinta, echaron al invasor japonés y derrotaron al ejército de Chiang Kai Shek, como resultado de la guerra de guerrillas dirigida por Mao Tse Tung, al final de lo cual fueron expropiados los capitalistas y se realizó una radical reforma agraria. Diez años después, otra fuerza guerrillera triunfaba en Cuba, expropiando al capitalismo a 200 Km. de Miami.

En el medio siglo siguiente se hundieron los imperios coloniales inglés, francés, alemán, italiano y portugués. Se destruyeron todos los enclaves coloniales, con excepción de Israel, y se liberaron todas las colonias.

Triunfó una verdadera revolución negra en Estados Unidos, el apartheid fue derrotado en Sudáfrica y se impusieron repúblicas negras en todo el continente africano. Las mujeres conquistaron en Europa, Estados Unidos y parte de América Latina, derechos democráticos como el voto, el divorcio y el aborto, aunque en el resto del mundo su situación continúa estando muy atrás.

Desde 1945, y como consecuencia del triunfo sobre el fascismo, cayeron casi todos los regímenes totalitarios: Franco y Salazar en Europa, Somoza, Papa Doc, Ferdinando Marcos en Filipinas, Pinochet y todas las dictaduras suramericanas.

Y desde 1989, fueron derribados todos los regímenes totalitarios burocráticos de los partidos comunistas en Europa del Este, con excepción de China, se desintegró la Unión Soviética y se reunió Alemania, dividida tras la Segunda Guerra Mundial.



Setenta años después

A setenta años de su muerte, corresponde analizar si, en lo fundamental, el legado de Trotsky sobrevive, si sus pronósticos fundamentales, aunque no al pie de la letra, se han cumplido.

• Estados Unidos, la potencia hegemónica, y la crisis de la economía mundial

Trotsky vaticinó la decadencia de Europa y el surgimiento de Estados Unidos como la potencia económica y militar hegemónica mundial después de la guerra, lo cual no ha hecho más que confirmarse. Pero si el viejo se levantara de su tumba, constataría que la gran potencia militar del mundo fue derrotada por una pequeña guerrilla en Vietnam en los años setenta, y que, a pesar de que posteriormente realizó algunas guerras exitosas (guerra del Golfo en 1990, Yugoslavia en 1997), hoy está estancada en Irak y al borde de una nueva derrota en Afganistán.

Si Trotsky reviviera, creería que se despertó de un largo sueño y que el capitalismo sigue parado en el mismo punto en que lo dejó en los años treinta, hundido en una crisis económica tan pavorosa o más que la que sucedió al crack de 1929. Vería que los decadentes gobiernos imperialistas repiten las mismas recetas gastadas que Trotsky criticó entonces: el famoso New Deal de Roosevelt, que consistió en arrojar pequeños subsidios a los trabajadores para apaciguar su descontento, mientras que por otro lado salvaban a los bancos y favorecían la concentración monopólica.

Como decía Marx, los hechos suceden en la historia dos veces, una vez como tragedia y otra vez como comedia. El remedo de “New Deal” de Barack Obama, y las brutales medidas de ajuste que están aplicando los gobiernos europeos, muestran que la burguesía imperialista decadente está condenada a repetir los mismos errores, solo que esta crisis agarra al sistema capitalista más agotado que ochenta años atrás.

• El nuevo ascenso de la revolución europea

La teoría de la revolución permanente de Trotsky postulaba el carácter permanente e internacional de

la revolución. Para él, la revolución no se detiene en su fase democrática, sino que se transforma en socialista, porque la fuerza principal es la clase obrera, y la revolución, que empieza en la arena nacional, se desarrolla en la internacional y culmina en la mundial.

En la posguerra, todo pareció desmentir a Trotsky: el stalinismo contuvo la revolución dentro de las murallas de su régimen totalitario. La revolución abandonó a Europa y el centro de la escena fue ocupado por los movimientos campesinos y populares de los países atrasados, que lograron enormes triunfos, como en China y Cuba. Pero estas revoluciones no fueron dirigidas por un partido obrero revolucionario, sino por movimientos pequeño burgueses, como el Partido Comunista de Mao Tse Tung o el Movimiento 26 de julio de Fidel Castro, que, si bien expropiaron a la burguesía, congelaron las revoluciones en las fronteras de sus países.

Parecía que en el mundo solo había lugar para revoluciones democráticas, campesinas, antitotalitarias, y reducidas al marco nacional, pero que la revolución de octubre había quedado aplazada indefinidamente.

A partir de 1968 esta anomalía histórica empezó a corregirse, cuando la clase obrera europea empezó a entrar a escena otra vez, hasta que, en 1989, volvió a colocarse en el centro. Los trabajadores del este y del oeste se unieron, con el proletariado alemán unificado a la cabeza. Desde el estallido de la crisis mundial en 2008, está realizando, como en los años veinte, huelgas generales que parecen sincronizarse en todo el continente: Grecia, Italia, Francia, España, Portugal, Gran Bretaña.

En el otro extremo del mundo, en China, el avance de la restauración capitalista está produciendo, contradictoriamente, una de las más importantes transformaciones sociales e históricas del mundo desde que Trotsky murió: convertir al campesinado empobrecido de Mao, en una poderosa clase obrera de cien millones de trabajadores, tanto como los obreros de toda Europa y Estados Unidos juntos, unidos en un solo país.

Esta clase obrera viene luchando desde hace varios años, y en los últimos meses ha protagonizado una oleada de huelgas en las grandes multinacionales, que han llevado al imperialismo a concluir que se está terminando la mano de obra barata.

Este hecho tendrá consecuencias mundiales, rebatiendo a todos los que dieron por muerta a la clase obrera en el último medio siglo, y buscaron en el campesinado y la guerrilla un reemplazo de la clase obrera y el partido revolucionario.

• La socialdemocracia y el comunismo, cadáveres malolientes

“La situación política mundial del momento se caracteriza ante todo por la crisis histórica de dirección del proletariado”. Así empieza el Programa de Transición escrito por Trotsky en 1938, resumiendo en esa frase la tragedia

de nuestros tiempos.

Crisis de dirección significa que el proletariado mundial era dirigido por la socialdemocracia y los partidos comunistas, que llevaron a los trabajadores europeos a la peor derrota de su historia.

Si Trotsky saliera hoy de su tumba, encontraría que la socialdemocracia ha dejado de ser el partido de los trabajadores europeos y que contra ella se dirigen sus huelgas en Grecia, en Italia, en España, en Gran Bretaña, en Portugal. Contemplaría cómo los Blum de hoy - Papandreu, Zapatero, Gordon Brown, Socrates - ya no conceden cuarenta horas semanales, sino que arrancan a los trabajadores las conquistas del Estado de Bienestar, y son vistos por ellos como sus enemigos, no como su conducción.

Pero lo fundamental es que el fenomenal aparato contrarrevolucionario stalinista mundial ha prácticamente desaparecido. Los partidos comunistas dejaron de existir, o son fuerzas minoritarias.

• La primera etapa de la revolución política se ha cumplido

Trotsky fue el primero en pronosticar que era inevitable una revolución para derribar a la burocracia gobernante. Sin embargo, hizo en La Revolución Traicionada un pronóstico alternativo: o la victoria de la burocracia crea una nueva clase poseedora, o la victoria del proletariado sobre la burocracia marcará el renacimiento de la revolución socialista.

La hipótesis de que era necesaria una revolución violenta para eliminar a la burocracia gobernante se empezó a confirmar muy pronto, con las huelgas de Berlín en 1953, la revolución húngara de 1956, las huelgas de Polonia en ese mismo año, la primavera de Praga en 1968, y las grandes huelgas que llevaron a la formación de Solidaridad en Polonia en 1980.

Estas rebeliones truncadas preanunciaron los grandes acontecimientos de 1989 y 1991: las revoluciones que provocaron el derrumbe del imperio soviético, la caída de todas las dictaduras totalitarias comunistas del este de Europa, la desaparición de la Unión Soviética y la reunificación de Alemania.

Pero si bien estas revoluciones derribaron los regímenes totalitarios, no destruyeron a la burocracia. Esta condujo a sus países por el camino de la restauración capitalista, acabando con el plan económico, el monopolio del comercio exterior, privatizando las empresas estatales, y convirtiéndose en propietaria.

Desde entonces, existe una infernal discusión en el trotskismo, ya que para la mayoría, el pronóstico de Trotsky se cumplió en su parte negativa, es decir, que la burocracia restauró el capitalismo.

La dificultad estriba en que la revolución política no resultó ser una sola acción, sino que, como precisó muchos años después Nahuel Moreno, ésta se dividió

en dos partes. Siguiendo el modelo de la revolución rusa de 1917, se produjo una primera etapa de febrero, que derribó los regímenes totalitarios y abrió un inmenso espacio democrático.

A partir de entonces se abrió una nueva etapa: la de la lucha directa contra el imperialismo y el frente restauracionista de la burocracia, pero esta segunda revolución no ha triunfado todavía.

Partiendo de esta perspectiva, podemos dar una respuesta más rica y contradictoria a las dos alternativas presentadas por Trotsky. Estamos viviendo la etapa de la pelea a dentelladas entre los trabajadores que resisten los planes económicos restauracionistas de la burocracia y el imperialismo, pero estamos en plena pelea, todavía no hay un ganador.

Trotsky escribió en La Revolución Traicionada, que el futuro de la URSS estaba ligado como nunca al de Europa y del mundo. Hoy, cuando el imperialismo se debate en la mayor crisis mundial desde 1929, cuando los partidos socialdemócratas y stalinistas ya no controlan a los trabajadores, cuando la clase obrera ha vuelto al centro de la escena, la posibilidad de que el capitalismo y el imperialismo triunfen en los países del este europeo de manera histórica, se hace mucho más difícil.

• El trotskismo fue más fuerte que sus enemigos

Cuando se fundó la Cuarta Internacional en 1938, en una casa en las afueras de París, en una pequeña reunión en la que Trotsky no pudo estar presente, lo acompañaban algunos escasos miles de militantes dispersos por el mundo. Trotsky creyó que al terminar la guerra, los trotskistas serían millones. No sucedió como él pensaba. La traición del stalinismo en la posguerra fue el factor fundamental que alargó los tiempos históricos.

A diferencia de lo que había sucedido desde fines del siglo XIX hasta la Segunda Guerra, el proletariado europeo se tomó un descanso y el eje de la lucha de clases se trasladó a los países atrasados, con el campesinado como eje, y con partidos pequeño burgueses al frente, como el maoísmo y el castrismo.

Pero a partir de 1968, cuando la revolución empezó a retomar su cauce y la clase obrera de los países más avanzados empezó a volver a la escena, a medida que aumentaba el descrédito de la socialdemocracia y los partidos comunistas, el trotskismo empezó a crecer, convirtiéndose en una de las principales corrientes de oposición a los gobiernos europeos y burgueses de América Latina.

“El trotskismo acompaña a la clase obrera como la sombra al cuerpo”, decía Nahuel Moreno, y así se viene cumpliendo: el mayo francés de 1968 vio a los dirigentes de la Cuarta Internacional a la cabeza, las grandes manifestaciones contra la guerra de Vietnam en Estados Unidos tuvieron a los trotskistas herederos de Joe Hansen y James Canon como protagonistas. En Francia, dirigentes

trotskistas como Olivier Besancenot, Alain Krivine o Arlette Laguiller, en Argentina Luis Zamora, en Brasil Heloisa Helena del PSOL, en Portugal el Bloco de Esquerda con una importante participación trotskista, han obtenido millones de votos.

Surgieron grandes partidos trotskistas como la LCR francesa después de 1968, el SWP norteamericano en los años setenta y el viejo MAS de Argentina en los años ochenta.

En Venezuela, Bolivia, Brasil, Argentina, Francia, España Italia, Portugal, centenares de dirigentes sindicales trotskistas se encuentran al frente de las luchas.

Hoy, los libros de Trotsky se compran en los kioscos de Moscú, los obreros soviéticos y del Este hacen huelga tras huelga contra los planes de restauración capitalista, los trabajadores europeos resisten como gato panza arriba contra los intentos de arrebatarles sus conquistas, y los trabajadores latinoamericanos hacen lo mismo.

• La crisis del trotskismo: una vez más, la lucha contra el oportunismo

Cuando se fundó la Cuarta Internacional, la clase obrera europea venía de librar heroicas batallas perdidas. La causa de estas derrotas fue la política de los partidos socialdemócratas, que se integraron a los gobiernos burgueses, y la política de la Tercera Internacional de Stalin, que tuvo un nombre propio: el frente popular.

Los Partidos Comunistas llamaron a los trabajadores a unirse a los partidos burgueses, con el pretexto de luchar contra el fascismo o el invasor. En China ingresaron al partido nacionalista de Chang Kai Shek, y en España entraron al gobierno del Frente Popular en Cataluña.

“La actual política de la Comintern (III Internacional) en España y China - la política de arrastrarse ante la burguesía “democrática” y “nacional”-, demuestra que tampoco la Comintern es capaz de aprender nada más ni de cambiar”, escribió Trotsky.

Hoy, como ayer, el enemigo es el mismo. En nuestro continente, los trabajadores derribaron a los gobiernos neoliberales de los años noventa y subieron gobiernos que se dicen de izquierda, o de frente popular, o nacionales y populares, o nacionalistas, o bolivarianos, o indigenistas

Todos, en sus distintas variantes, reprimen las luchas obreras, como Evo contra los mineros, Chávez contra los trabajadores petroleros y metalúrgicos, los Kirchner contra los dirigentes agrarios, los asambleístas de Gualeguaychú y activistas políticos y sindicales. Todos pagan puntualmente la deuda externa, anuncian pomposas nacionalizaciones, que son conseguidas por la dura lucha de los trabajadores, para terminar pagando jugosas indemnizaciones a las multinacionales imperialistas, provocan despidos, inflación y miseria.

Como sucedió en la posguerra, un amplio sector del trotskismo se ha dejado llevar por los cantos de sirena

de estos gobiernos, apoyando abierta o veladamente a Chávez y Evo Morales, cuando no a Kirchner y a Lula. Como decía Trotsky, han sucumbido a “la política de arrastrarse ante la burguesía “democrática” y “nacional”.

En Venezuela, los dirigentes obreros trotskistas, terminaron llevando a los obreros al apoyo del PSUV chavista, desarmándolos frente a la represión que ya ha costado varios dirigentes sindicales trotskistas asesinados. En Portugal, el Bloco de Esquerda, con una importante participación trotskista, votó en el Parlamento el paquete de medidas de austeridad exigido a Grecia por la Unión Europea a cambio de una ayuda económica. En Argentina, un sector del trotskismo, con el argumento de defender medidas progresivas de Cristina Kirchner, terminó apoyando al gobierno y un pequeño sector apoyó la represión contra los dirigentes agrarios, en una clara violación a los principios.

• La validez de la Cuarta Internacional

El inmenso mérito de Trotsky fue fundar la Cuarta Internacional, en la negra noche del fascismo y el stalinismo, para que la tradición de la Revolución de Octubre llegara a nuestra generación y no fuera liquidada. Solo por eso, la fundación de la Cuarta fue un hecho histórico.

Sin embargo, por la capitulación a que hicimos referencia, y a pesar de las enormes posibilidades abiertas para el trotskismo, hoy la Cuarta Internacional no existe como organización internacional centralizada.

Los problemas políticos son los mismos que en los años treinta, pero hoy existen inmejorables condiciones para superar esta enorme crisis, ya que las barreras entre el trotskismo y las masas se han debilitado considerablemente.

70 años después, y a pesar de todas las dificultades, estamos convencidos de que “las leyes de la historia son más fuertes que el aparato burocrático”, como escribía el viejo maestro.

El trotskismo consecuente y revolucionario tiene ante sí unas condiciones objetivas cualitativamente más favorables. Por ello, tiene la enorme responsabilidad de luchar con todas sus fuerzas para reconstruir la IV Internacional como el partido mundial de la revolución, la condición necesaria para luchar por gobiernos de los trabajadores, siguiendo el ejemplo de Octubre de 1917, y para hacer realidad el socialismo a nivel mundial.

Trotsky = revolución

Desde la muerte de Stalin en 1953, se inició la crisis y decadencia de la burocracia soviética, en un largo proceso que culminó con la explosión de 1991.

En el célebre XX Congreso de 1958, bajo la conducción de Jrushov, fueron rehabilitadas miles de víctimas del stalinismo. Luego vinieron veinte años de estancamiento, pero a partir de 1985, la crisis de la burocracia empezó a

estallar. La Perestroika y la glasnost de Mijail Gorbachov fueron los intentos reformistas de frenar esta crisis, pero su fracaso condujo a la caída, entre 1989 y 1991, del imperio totalitario soviético.

En este proceso, desde 1958 hasta 1991, las víctimas de la represión stalinista y los principales dirigentes bolcheviques – Kamenev, Zinoviev, Rikov, Radek, Bujarin - fueron rehabilitados. Todos menos uno: Trotsky. La burocracia no podía hacerlo.

Pero la revolución que derribó al régimen totalitario se ha encargado de ir restaurando la verdad. En 2009, el Museo de Historia de San Petersburgo, ubicado en el palacio que sirvió de sede al partido bolchevique durante las jornadas revolucionarias de 1917, realizó una exposición llamada “El león de la revolución. 130 aniversario del nacimiento de León Trotsky” y en marzo de 2010, el canal de televisión oficial Rossia emitió un documental de una hora llamado “Un piquete para Trotsky. Historia de una venganza”.

Cuando la imagen de Trotsky asciende, la de Stalin se hunde. Este año, al celebrarse el 65 aniversario de la victoria en la II Guerra Mundial, el alcalde de Moscú quiso llenar la ciudad con afiches de Stalin, pero no lo pudo hacer, ante las protestas que su iniciativa despertó, incluso entre muchos veteranos, que escribieron cartas a los diarios explicando por qué a Stalin no le debían la victoria en la guerra. Un diario moscovita está adelantando una encuesta para iniciar un juicio político a Stalin, y en junio fue removida la estatua de Stalin de la plaza central de Gori, su ciudad natal, ubicada en Georgia.

Justamente porque el papel histórico de Trotsky ya no puede ser ocultado, los escribas de la burocracia y del imperialismo están empeñados en enlodar su obra, y no vacilan en recurrir a los mismos estratagemas de Stalin. En los últimos años se ha puesto de moda hacer biografías contra Trotsky. La más reciente, escrita por el profesor inglés Robert Service, que recibió todos los honores de la crítica occidental, tiene por objetivo “derribar el mito”, y comete, al decir de un crítico, “el segundo asesinato de Trotsky”, pintándolo como el padre del terror y la víctima de su propio invento.

Del lado de la burocracia, el ex general Dimitri Volkogonov, que publicó una biografía de Trotsky en los años noventa, concluyó, de manera aberrante, que “el mayor trotskista fue Stalin”.

Como Robespierre, el dirigente jacobino de la revolución francesa, Trotsky solo será plenamente reivindicado por los trabajadores revolucionarios, que volverán a colocarlo en la bandera de su próxima victoria.

Trotsky murió en pleno triunfo del stalinismo y del fascismo cuando era media noche en el siglo. Pero antes de cerrar los ojos le dictó a su secretario Joe Hansen: “dile a mis amigos... Estoy seguro... de la victoria... de la Cuarta Internacional... Adelante”.

Octubre y Trotsky

“La revolución de Octubre no excluyó a Rusia del desarrollo del resto de la humanidad, sino que, por el contrario, la unió más estrechamente. Rusia no es un guetto de barbarismo, ni una Arcadia de socialismo. Es el país más transicional en una época transicional. La revolución rusa es apenas un eslabón en la cadena de la revolución internacional.

La actual condición de la economía mundial hace posible decir sin duda: el capitalismo se aproximó mucho más a la revolución proletaria, que la Unión Soviética al socialismo. El destino del primer estado obrero está ligado inseparablemente con el destino del movimiento de liberación en occidente y oriente”.

La Revolución Rusa de Octubre conmocionó al mundo en 1917 y cambió la historia de la humanidad. Por primera vez mostró en la práctica que era posible comenzar a construir una sociedad sin explotadores, la sociedad socialista.

Las masas obreras y campesinas pudieron hacer la revolución porque estaban dirigidas por un partido revolucionario: el Partido Bolchevique de Lenin y Trotsky.

Hoy se trata de minimizar este hecho colosal que protagonizaron las masas y se intenta culpar a Lenin y Trotsky de la posterior degeneración burocrática del stalinismo. Quieren ocultar que, bajo el régimen leninista, los comités soviéticos, los comités de fábrica y demás organismos obreros, campesinos y soldados, deliberaban, libre y apasionadamente, sobre todos los problemas.

Todas las decisiones eran sometidas a asambleas del Partido y de los soviets. De ese modo funcionaba una ardiente democracia obrera que no negaba ninguna libertad a sus adversarios con tal de que no tomaran las armas contra los soviets.

Esta revolución social que impuso el control de los trabajadores sobre toda la sociedad, por lo que se llamó “dictadura del proletariado”, mostró ser realmente la más amplia democracia para los trabajadores.

La autoridad de Lenin y Trotsky reposaba sobre el constante llamamiento a las masas, a su adhesión, a su iniciativa. Los resultados diarios eran sorprendentes, de allí su prestigio.

Los campesinos que se apropiaron de las tierras de los terratenientes se vieron respaldados por el nuevo Estado que se había construido; los soldados que durante la guerra imperialista desertaban desmoralizados y aterrorizados por la carnicería sin sentido, volvieron a empuñar las armas pasando a formar parte del heroico Ejército Rojo, organizado por Trotsky.

Los trabajadores quitaron a los capitalistas sus



fábricas y sus bancos y pusieron todas las palancas fundamentales de la economía en manos del nuevo Estado, dirigido y controlado por ellos mismos.

Trotsky no sólo fue el orador de la revolución más popular entre las masas, sino que era reconocido porque en setiembre de 1917 había sido elegido presidente del principal soviets, el de la ciudad de Petrogrado (Leningrado).

El propio Stalin reconoció en 1918 el papel de Trotsky en la revolución: “Toda la labor práctica preparación del movimiento corrió directamente a cargo del presidente del soviets, Trotsky. Y puede afirmarse con absoluta segunda que si la guarnición se pasó tan rápidamente al lado de los soviets y los trabajos del Comité Militar Revolucionario se organizaron tan acertadamente, el Partido lo debe, muy en primer término, al camarada Trotsky” (6/11/1918).

Iniciada la guerra civil, Trotsky encaró la tarea de organizar, bajo el fuego enemigo, el Ejército Rojo. Partiendo de 35 mil combatientes de la Guardia Roja llegó a organizar un ejército de 5 millones de soldados que, en poco más de medio año, liberó un millón de kilómetros cuadrados de las tropas enemigas, logrando la victoria dos años más tarde. Máximo Gorki narra una entrevista con Lenin: “Dando un puñetazo en la mesa Lenin dijo: bien, cítenme ustedes al hombre que sea capaz de levantar, en el plazo de un año, un ejército casi modelo y que además haya conseguido conquistarse el respeto de los especialistas militares. ¡Nosotros lo tenemos! ¡Nosotros tenemos todo! ¡Y hemos de hacer maravillas! (reproducido en el libro de Erich Wolleberg “El Ejército Rojo”, Antídoto, Bs. As., 1989). Lenin y su compañero Trotsky crearon en 1919 la III Internacional. Las resoluciones de sus cuatro primeros congresos, muchas de las cuales fueron redactadas y defendidas por Trotsky, hoy’ siguen siendo una guía para los verdaderos internacionalistas. Muerto Lenin en 1924 y llegada la camarilla de Stalin al poder, Trotsky quedó como el máximo representante y defensor de las conquistas de la Revolución de Octubre, del socialismo con democracia. Por eso, Stalin

lo mandó matar, porque Trotsky era el depositario de esa experiencia y de la tradición de las luchas obreras y del marxismo revolucionario. ¿Por qué un personaje tan poderoso como Stalin, que estaba a la cabeza del Estado soviético, con sus inmensos recursos económicos, militares y de todo tipo se dedicó a perseguir encarnizadamente hasta su asesinato a un hombre exiliado y después a ocultar su memoria? ¿Qué podía temer? Stalin temía al prestigio de Trotsky en la URSS y en el movimiento obrero mundial. Stalin temía, con toda razón, que Trotsky pudiera encabezar la futura oleada de luchas revolucionarias en la URSS y en Europa. Temía que Trotsky pudiera organizar una nueva dirección internacional que condujera al triunfo de una nueva revolución. Temía que Trotsky condujera con éxito la batalla de los trabajadores por derrocar a la burocracia en Rusia y se volviera a conquistar la democracia socialista. Trotsky era un peligro mortal para la burocracia porque era la memoria viva de la Revolución de Octubre. Por eso lo mataron. Pero también por eso Trotsky vive en la revolución política y en la lucha mundial de los trabajadores.

Sobre el optimismo y el pesimismo

¡Dum spiro spero! (Donde hay vida hay esperanza). Si yo fuera un cuerpo celestial, miraría con total desapego esta miserable bola de mugre y polvo. Brillaría por sobre lo bueno y lo malo por igual. Pero soy un hombre. La historia mundial que para usted, científico desapasionado, escribano de la eternidad, parece solo un momento insignificante en la balanza del tiempo, es todo para mí. Mientras que respire, lucharé por el futuro, ese futuro radiante en el cual el hombre, fuerte y hermoso, se convertirá en el amo de la corriente a la deriva de la historia y la dirigirá hacia el horizonte infinito de la belleza, la felicidad y la alegría. El siglo XIX, en muchos aspectos, ha cumplido y a la vez desengañado las esperanzas del optimista. Lo ha obligado a transferir sus esperanzas al siglo XX. Cuando el optimista se vio ante un hecho atroz, exclamó: ¡esto no puede suceder en el umbral del siglo XX! Cuando se imaginó un maravilloso futuro, lo ubicó en el siglo XX. ¡y ahora ese siglo ha llegado! ¿Qué ha traído consigo desde el principio? En Francia, la espuma venenosa del odio racial; en Austria, luchas nacionalistas; en Sudáfrica, la agonía de un pequeño pueblo asesinado por un coloso; en la



isla “libre”, himnos triunfantes a la avaricia victoriosa; complicaciones dramáticas en el este; rebeliones de masas hambrientas en Italia, Bulgaria, Rumania.... Odio y asesinatos, hambre y sangre... Parece como si el nuevo siglo, el gigantesco recién llegado, estuviera doblándose en el mismo momento en el que aparece, para llevar al optimista al absoluto pesimismo. - ¡Muerte de la utopía! ¡Muerte de la fe! ¡Muerte al amor! ¡Muerte a la esperanza! Truenos del siglo veinte en salvas de fuego y el rugir de las armas. - Ríndase, soñador patético. Aquí estoy yo, su tan esperado siglo XX, su ‘futuro’. - No, responde el optimista insolente: Usted es solo el presente.

León Trotsky, 1901

La Revolución de Octubre

Durante seis años, hasta 1923, la Revolución Rusa de Octubre de 1917 se convirtió en el ejemplo de que los trabajadores, con una dirección revolucionaria socialista, como la bolchevique de Lenin y Trotsky, pueden comenzar a resolver las lacras del capitalismo y cambiar el mundo. La revolución comenzó por instaurar el gobierno de los trabajadores, es decir, la dictadura del proletariado. Trotsky explicó que “dictadura proletaria significa que a todos los explotadores se les quite el derecho de determinar los destinos del país y también los elementos que los apoyan. Solo el proletariado revolucionario y las masas explotadas tienen el derecho a determinar los destinos del país.” (Trotsky, Declaraciones a la Comisión Dewey, 1938). Esa dictadura proletaria fue un régimen de democracia obrera infinitamente superior a la hipócrita democracia parlamentaria de los explotadores. Los trabajadores y las masas explotadas estaban organizados en los soviets. En ellos, todos los partidos políticos eran legales y actuaban libremente, aunque fueran opositores de los bolcheviques. Por ejemplo, en la primera reunión plenaria del soviet de Moscú, donde estuvieron 803 diputados (delegados) de 394 fábricas, se habilitaron carnés para once partidos políticos y para una fracción de trabajadores independientes. Los diarios, revistas y libros circulaban libremente, con papel imprenta y estampillas entregados por el Estado, a requerimiento de los soviets. Todo se votaba, no cada varios años sino cotidianamente. Los funcionarios, que ganaban el sueldo de un obrero calificado, eran revocables en cualquier momento. Lenin escribió que este poder soviético “da a los trabajadores la posibilidad, en caso de estar descontentos con su partido, de elegir otros delegados, de traspasar el poder a manos de otro partido y de sustituir el gobierno en cualquier momento

sin la más mínima revolución...” (Lenin, Obras Completas, tomo 26). La clave de esta democracia obrera era el propio Partido Bolchevique. Era un partido obrero socialista, muy fuertemente centralizado. Las decisiones de la dirección eran casi siempre aplicadas por los militantes como si fueran un solo hombre. Esa unidad se basaba en una amplia democracia interna. Se discutía y se disenta hacia adentro, hasta votar y resolver. “Solo así, dijo Trotsky, que ingresó al partido y a su dirección en 1917, poco antes de la revolución, rebeldes dispuestos a revolucionar la sociedad pueden depositar toda su confianza en la dirección.” Debido a la guerra civil, el gobierno debió adoptar algunas prohibiciones a partidos y diarios que apoyaron a la contrarrevolución armada, así como limitar derechos democráticos. Pero lo hizo con el apoyo del movimiento obrero, y sus medidas fueron tomadas a título provisorio, mientras durara la guerra. Hacia el mosaico de nacionalidades que, antes de la revolución, formaba parte del imperio zarista, los revolucionarios mantuvieron la actitud más respetuosa. Llamaron a sus trabajadores y campesinos a sumarse a la revolución y unirse, en una unión de repúblicas socialistas, “no por la fuerza sino por acuerdo voluntario” (Lenin). La Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, de enero de 1918, dejaba “en manos de los obreros y campesinos de cada nacionalidad el derecho a tomar una decisión independiente”. En caso de aceptar su unión con Rusia, establecía “el derecho a decidir en qué términos quieren participar en el gobierno federal y en las instituciones soviéticas”. A todas las nacionalidades se les garantizó el respeto a sus tradiciones. A los trabajadores musulmanes, por ejemplo, la Declaración les dijo: “Desde ahora, vuestras creencias y costumbres, vuestras instituciones nacionales y culturales son inviolables”. Este régimen leninista de democracia obrera tomó las grandes decisiones de la revolución. En lo económico,



después de quitarles las tierras y las fábricas a los terratenientes y grandes capitalistas, nacionalizar la banca y el comercio exterior y suspender el pago de la deuda externa, debió aplicar el comunismo de guerra. En medio de la lucha contra los ejércitos invasores se repartían raciones miserables, igualitarias para todos. La guerra dejó al país devastado, con las fábricas destruidas y una producción muy inferior a la existente antes de la revolución. En esas condiciones, luego de la victoria armada, se aplicó el plan económico denominado NEP que implicó un retorno parcial a la vigencia del mercado en reemplazo del comunismo de guerra.

La III Internacional

En el terreno de la política exterior, los bolcheviques, en marzo de 1919, llamaron desde Moscú a una reunión de partidos y corrientes obreros revolucionarios para constituir la Internacional Comunista, conocida como Tercera Internacional. Su propósito era extender la revolución al mundo. El triunfo en un país atrasado como Rusia —al que Lenin definió como “el eslabón mas débil de la cadena imperialista”— lo concibieron como una palanca para impulsar el socialismo mundial. Así lo proclamó Lenin en su primer discurso como jefe del nuevo gobierno al Congreso de Delegados Obreros, Campesinos y Soldados de toda Rusia: “Pisamos los umbrales de una revolución obrera internacional”.

La revolución traicionada

“El proletariado de un país atrasado ha debido hacer la primera revolución socialista. Es muy posible que tenga que pagar este privilegio histórico con una segunda revolución, contra el absolutismo burocrático”

El tiempo que siguió a la Revolución Rusa fue difícil. El país había pasado casi cuatro años interviniendo en la Primera Guerra Mundial. Llegó la revolución y luego siguieron casi cuatro años más de guerra civil. No solo fueron diezmadas las fábricas y las frágiles reservas naturales sino, también, los mejores cuadros bolcheviques y la vanguardia del movimiento obrero. Lenin solía quejarse: “La dictadura del proletariado significa que nunca como hasta hoy el proletariado se ha encontrado en una situación terrible”. En esta situación, en 1922, durante el XI Congreso del Partido Bolchevique, Stalin es nombrado secretario general del Comité Central. Lenin no mostraba todavía ningún síntoma de enfermedad y aceptó dicho nombramiento, según Trotsky, porque no confería ningún título especial, sino que era una autoridad meramente administrativa. Se trataba de un puesto técnico, ejecutivo, subordinado al Comité Central y al Buró Político. Pero Lenin enferma y sólo a fines de julio comienza a reponerse. Al recobrar el habla y los movimientos reanuda sus funciones el 2 de octubre de 1922. Mientras tanto, el nuevo secretario, sin ningún miramiento, había metido manos en el gobierno y la dirección del partido de Georgia. El Comité Central del partido georgiano, defendiendo su autonomía, apeló a Lenin contra la injerencia y los malos procedimientos de Stalin.

Lenin contra la burocracia

Lenin, sintiéndose enfermo, redacta un documento confidencial, que después será conocido como su “testamento”. Allí expresa meditados juicios sobre sus colaboradores. Teme una división del partido por lo tenso de las relaciones entre Stalin y Trotsky y señala: “El camarada Stalin, al convertirse en secretario general, ha concentrado en sus manos un inmenso poder y no estoy convencido de que siempre lo use con la necesaria prudencia”. El 4 de enero de 1923 Lenin ya está al tanto de los graves problemas que han surgido con las nacionalidades y añade entonces un postscriptum: “Stalin es excesivamente brutal, y este defecto, plenamente soportable en las relaciones entre comunistas, se hace intolerable en la función de

secretario general... Invito a los camaradas para que reflexionen sobre el medio de relevar a Stalin en ese puesto, reemplazándolo por un hombre que, en todos sus aspectos, se distinga de Stalin por la superioridad, es decir que sea más paciente, más leal, más cortés, más atento hacia los camaradas, menos caprichoso, etc...” Lenin está horrorizado de los métodos burocráticos utilizados por Stalin y su camarilla. “¡Hasta qué punto hemos caído!”, dice. Y reprocha a Dzerjinski y a Orjonikidzé el haberse convertido en nacionalistas rusos al no comprender en absoluto cuáles son las soluciones socialistas del problema nacional, el atentar contra la solidaridad proletaria... Y pide un castigo ejemplar (exclusión del partido por dos años). Hay “que hacer responsables de esta campaña de nacionalismo gran-ruso a Stalin y Dzerjinski”. A partir de aquí Lenin escribe repetidas veces a Trotsky sobre el mismo tema y lo encarga de plantear ante el XII Congreso del Partido la grave cuestión de las nacionalidades. En una de esas comunicaciones le decía: “Deseo mucho pedirle a Ud. que tome el caso georgiano en el Comité Central del Partido” y agregaba que él no podía confiar ni en la imparcialidad de Stalin ni en la de Dzerjinski. “Al contrario, si usted pudiera tomar la defensa, yo podría descansar.” Poco tiempo después, antes de la recaída de Lenin se produjo una nueva conversación entre Lenin y Trotsky: “Nuestra burocracia es algo monstruoso”, dice Lenin. “Me he sentido espantado cuando reanudé el trabajo.” La conversación derivó hacia la necesidad de “sacudir” el aparato burocrático y Trotsky estimó necesario combatir no sólo la burocratización del Estado sino también la del partido, comenzando por el Buró de Organización del Comité Central. “Pues bien —dijo Lenin—, me ofrezco a constituir un bloque contra la burocracia en general y contra el Buró de Organización en particular—tetar” Dicho buró era uno de los puntos de apoyo de Stalin. Lenin muere el 21 de enero de 1924. A partir de entonces, es Trotsky quien lleva adelante la lucha contra la burocracia stalinista. Denuncia los peligros que representa para el Estado obrero, el Partido y la Internacional, elabora una política para enfrentarla y plasma esa política en organismos militantes.

“Trotsky puso en el orden del día liquidar el stalinismo”

En su biografía sobre Trotsky escrita en 1992, el general Dmitri Volkogonov, señaló el efecto que produjo la publicación de La Revolución Traicionada en Stalin. El autor no es en absoluto un simpatizante de Trotsky, sino un representante del ala reformista de la burocracia durante la época de Mijail Gorbachov.

“La conclusión principal de “La Revolución traicionada” es que “la burocracia soviética no dejará sus posiciones sin lucha”. Por eso, suponía Trotsky, la clase obrera, habiendo realizado la primera revolución socialista de la historia, está ahora ante la necesidad de una nueva revolución “complementaria” —no social, sino “política, contra el absolutismo burocrático”. “No hay salida pacífica a la crisis. El enfrentamiento entre el pueblo con la oligarquía burocrática, con el absolutismo burocrático, es inevitable. La revolución política derrocará al sistema stalinista de dirección, pero no cambiará las actuales relaciones de propiedad”.

Este fue un llamado abierto y directo a cambiar la realidad política de la URSS. Trotsky llamaba a la revolución, es decir, a un golpe de estado. Este era un deseo absolutamente utópico e ingenuo de Trotsky, que no tenía verdaderas posibilidades. Pero dejando de lado la forma, el plazo y el carácter de este llamado desesperado, Trotsky fue, quizás, el primero que abiertamente puso en el orden del día la necesidad de liquidar el stalinismo como sistema, como ideología, como metodología de acción y como forma de pensamiento. El exiliado sabía que el estalinismo es una de las peores formas de totalitarismo y de cesarismo. Al lado del stalinismo solo se puede colocar el fascismo. Solo en el camino de desmontar este sistema es posible un verdadero desarrollo democrático. El socialismo, a pesar de su enorme falta de suerte histórica, quizás tiene todavía futuro. La Revolución Traicionada tuvo otra consecuencia fatal, más allá de la voluntad del autor. ¿De qué hablamos? Al terminar el libro, Trotsky le envió un ejemplar a su hijo León en París con la propuesta de publicar partes en el “Boletín de la Oposición” o en algunos periódicos burgueses. Así se hizo. Pero ahora se puede comprobar documentalmente que todo el original, o fragmentos de él, llegaron a Moscú al gabinete de Stalin antes de que el libro se imprimiera en el

verano de 1937 en París.... Esto fue a través de Mark Zvorovski (conocido como Etienne, agente de la GPU que trabajó como secretario privado de León Sedov). En los archivos empolvados del Comisariado de Asuntos Internos, hay muchos artículos, manifiestos, entrevistas de Trotsky, que los espías soviéticos enviaban a Moscú. /.../ De esta manera, fragmentos, o la totalidad, de La Revolución Traicionada, llegaron a Moscú. No es difícil imaginar la impresión de Stalin frente al llamado de Trotsky de realizar en la URSS una “revolución política” y liquidar el “absolutismo burocrático”. Es muy probable que esto hubiera jugado un papel muy importante en la decisión de Stalin de llevar a cabo una enorme represión en el país. Aunque el dictador ya había llegado a esa conclusión por sí solo, “La Revolución Traicionada” lo convenció definitivamente de que Trotsky representaba un peligro muy especial. Con la fuerza de su pluma y de sus ideas, era capaz de darle golpes ideológicos y literarios contra él. Además, el César soviético llegó a la conclusión de la necesidad de liquidar cualquier base potencia para el trotskismo en la URSS. Por eso, el golpe más grande de los procesos de Moscú (1936-38), fue contra el trotskismo.”

(Volkogonov, Dmitri, Ed. Novosti, Moscú, 1992, Págs. 184 y ss.)

Comienza la resistencia

El 8 de octubre de 1923, Trotsky dirigió al Comité Central del Partido Bolchevique una carta en la que denunciaba el régimen fundamentalmente anormal y malsano que reina en el partido y la insatisfacción de obreros y campesinos ante la grave situación económica, producto no sólo de las dificultades objetivas sino también de los drásticos errores de política económica. Una semana después, cuarenta y seis miembros del Comité Central presentaron una carta que será su “Plataforma”, en la que trazaron un panorama crudo de la situación que enfrentaba la República Soviética y denunciaron los “errores de la dirección, que paraliza y divide

al partido”, exigieron como primer paso para salir de la crisis económica, política y partidaria, el llamado a una conferencia del Comité Central con los militantes más destacados y activos del partido, entre ellos, los disidentes de las posiciones de la mayoría del CC. “De no tomar medidas drásticas decía la Plataforma, la dictadura proletaria rusa y su partido entrarán en la etapa inminente de nuevas luchas en todo el mundo sin otra perspectiva que la derrota en todos los frentes de la lucha proletaria”. La discusión profunda y democrática que reclamaban “los cuarenta y seis” sobre los graves problemas económicos que aquejaban a la nación, el régimen partidario

La heroica resistencia de los trotskistas en la URSS

El historiador trotskista ruso Vadim Rogovin, en su libro "La Neonep stalinista", que hace parte de la serie "¿Había una alternativa?", trae numerosos ejemplos de la influencia de la oposición y del trotskismo en los años treinta, y del comportamiento ejemplar de los trotskistas ante la represión. Citamos algunos extractos de su libro (de las páginas 137 a 150).

Es sintomático que en el periodo posterior a la represión tras el asesinato de Kirov, incluso muchos de los que capitularon, enviaron desde sus lugares de detención cartas al partido rechazando sus capitulaciones. B.M.Poliakov, que estaba en la cárcel de Suzdal, el 20 de junio de 1935 informó al Partido que, bajo la influencia de los hechos de los últimos años, revisó su capitulación de 1933 y confirma su lealtad a la oposición de izquierda. Poliakov expresó profunda convicción de que las tareas que debe enfrentar el Partido Comunista y el movimiento internacional no pueden ser resueltas "ni con la actual política de la Komintern (Internacional Comunista), ni por el camino del terror adelantado por la burocracia en el partido, que destruye en las cárceles y el exilio miles de magníficos bolcheviques. Por lo tanto pido considerar nula mi declaración de apoyo a la política del Comité Central a partir de ahora". Una declaración similar fue enviada el 15 de diciembre de 1935 por B.A. Susenkov. Señalando que considera su anterior declaración de renuncia a la oposición como un "grave e imperdonable error", Su-

senkov escribió: "Tres años de estadía en el centro carcelario de los Urales, no solo no fortalecieron mi convencimiento en la corrección de la política stalinista, sino que por el contrario, fortalecieron mis dudas sobre ella. Por eso, anulo mi anterior declaración de capitulación y políticamente vuelvo a las posiciones de los bolcheviques leninistas en su totalidad" /.../ Sobre la suerte de los trotskistas en los campos de Vorkuta, en una publicación aparecida en 1961 en "Novedades socialistas", un autor cuenta que en la zona había varios miles de "trotskistas ortodoxos", que desde fines de los años veinte estuvieron en campos de concentración y cárceles y "se mantuvieron fieles a sus objetivos políticos a sus líderes hasta el final".

Además de trotskistas, en la zona de Vorkuta había más de 100.000 presos, que "antes fueron comunistas y que se acercaron a la oposición trotskista y fueron obligados a confesar sus "errores". También había miles de personas "que nunca formaron parte del partido y que solo en el periodo de agudización de la lucha con la oposición se unieron a su plataforma y unieron su suerte a ella hasta el fin" /.../ Una importante cifra de trotskistas se encontraba en los campos de Kolima (en el Pacífico). El escritor Biriokov, de Magadan, que estudió la historia de estos campos, escribe: "La historia de cómo llevaron a Kolima 6000 trotskistas, cómo éstos lucharon por justicia estando aquí (aunque eran considerados presos políticos), cómo intentaron continuar su lucha contra el estalinismo y cómo fueron eliminados en el curso de los años siguientes, es grandiosa, aún en el marco de la tragedia nacional" /.../ El escritor N.V. Kozlov recopiló muchos testimonios de ex trabajadores de la NKVD. En una de las cartas recibidas, un testigo de la represión a los trotskistas contaba que en 1936 y 1937 en Magadán y Kolima, los opositores organiza-

ban huelgas, repartían volantes exigiendo su liberación, libertad de movimientos, aumento de las raciones de comida, etc... Los participantes de estas acciones realizaban huelgas de hambre masivas, construían barricadas, y luego eran condenados y fusilados /.../ Nuevas fuentes confirman que las filas de los trotskistas en los años treinta no solo no se ralearon sino que aumentaron por la oposición en la juventud. Estas confirman las conclusiones de Isaac Deutscher (el primer biógrafo de Trotsky), que estudió todas las fuentes que existían en occidente sobre la actividad de los trotskistas en los campos de concentración. "Desde 1934, pareciera que el trotskismo había sido totalmente liquidado - escribió Deutscher-. Pero dos o tres años después Stalin le temía como nunca. Paradójicamente, las grandes purgas y las represiones masivas, tras el asesinato de Kirov, le dieron nueva vida al trotskismo". Cuando alrededor de los trotskistas reprimidos se encontraban miles de nuevos arrestados, los trotskistas ya no podían ser aislados. "A ellos se unían miles de los que habían capitulado, que con tristeza se daban cuenta de que los hechos hubieran sido distintos si se hubieran mantenido con los trotskistas. Opositores de la joven generación, de la juventud comunista, que se levantaban contra Stalin mucho después del aplastamiento del trotskismo, trabajadores comunes, enviados a la cárcel por cualquier mínima violación de la disciplina, pequeños ladrones que empezaban a pensar políticamente en la prisión, todos ellos le dieron un nuevo y enorme auditorio a los veteranos trotskistas". A pesar del endurecimiento del régimen en los campos, "estos de nuevo se convirtieron en escuelas de la oposición, que con su comportamiento heroico, inspiraban la resistencia de los demás. Bien organizados, disciplinados y preparados políticamente, eran la vanguardia de esta parte

del país que se encontraba tras los alambres de púas".

Ninguno de estos cuadros trotskistas pudo ser llevado a los juicios de 1936 y 1938. Según A. Orlov (alto agente de la GPU que actuó en España entregando trotskistas y anarquistas y que luego huyó de la URSS), el plan stalinista para estos procesos contra el "centro trotskista-zinovievista" fue traer de los campos de concentración y cárceles cerca de 300 opositores muy conocidos en el partido. Creían que después de las torturas, muchos se quebrarían y se podría conseguir que un grupo de 50 o 60 aceptaran presentarse en los procesos reconociendo su participación en los crímenes del espía Trotsky. Sin embargo, todos estos trotskistas, que nunca capitularon, se negaron una vez más a tomar parte en las provocaciones stalinistas" /.../

La oposición de izquierda en la clandestinidad

La oposición de izquierda continuó existiendo en la clandestinidad, a pesar de la represión. Esta recibió un nuevo impulso a su actividad al aumentar el descontento en el partido y el país ante la ola de terror posterior al asesinato de Kirov en 1935 /.../

Si al comienzo de los años treinta, el terror stalinista se dirigió contra los campesinos que se oponían a la colectivización masiva, desde 1934 el terror se dirigió a las ciudades, donde había un mayor descontento con el régimen. Parte significativa de la clase obrera, en la cual todavía no se habían apagado las tradiciones revolucionarias, tomó la política antiobrera de Stalin con disgusto, como resultado de las consecuencias sociales de la industrialización forzada /.../

El sentimiento opositor estaba mucho más generalizado entre sectores de la burocracia de lo que Trotsky pensaba en su lejanía y sin fuentes de información. V. Krivitski, que conocía muy bien lo que pasaba en las alturas, confirmó



que a mediados de los años treinta, "no solo una enorme masa de campesinos, sino la mayoría del ejército incluyendo a los mejores representantes políticos, 90% de los directores de fábricas, 90% del aparato del partido, estaba en mayor o menor medida en oposición a la dictadura de Stalin. Esto ya era una fuerza". Aunque estas cifras son exageradas, el descontento es confirmado por muchos testimonios. Los comunistas honestos que mantenían fidelidad a los principios bolcheviques y tenían simpatías entre los trabajadores, eran la mayoría del partido /.../

A. Orlov, que conocía la cara oculta de la vida política del país, da muchos hechos que confirman el revivir de la oposición a mediados de los años treinta. "En las paredes de las fábricas aparecían pintadas contra Stalin". En la escuela del partido de la ciudad de Gorky se repartían documentos partidarios prohibidos, entre ellos, copias de Testamento de Lenin, y en el Instituto Pedagógico de Gorky, surgieron grupos ilegales para estudiar los trabajos de Lenin y Trotsky.

En 1935, los órganos de la NKVD cayeron sobre la actividad opositora en la escuela del partido de Moscú, donde corrían volantes con partes

del programa trotskista. "A los estudiantes, que estudiaban a Marx y Engels, les quedó claro que el trotskismo atacado por Stalin era el verdadero marxismo leninismo". Aún en el pico de la campaña antitrotskista, entre los trabajadores y campesinos continuaban existiendo personas que se negaban a unirse a las mentiras oficiales. Muestras de este descontento se pueden encontrar en el archivo de Smolensk, que fue tomado por los alemanes durante la guerra. Entre muchas denuncias realizadas por los secretarios del Partido contra los "trotskistas", se encuentra el resumen de una reunión en un koljós (granja colectiva), en la que se discutía el proceso contra el centro "trotskista-zinovievista". Uno de los participantes intervino así: "No puedo decir nada de Trotsky, no nos toca a nosotros discutir sobre esto", y se retiró. Según otra denuncia, en la vivienda de otro miembro del koljós se descubrió un retrato de Trotsky.

En el mismo archivo hay declaraciones de un plomero, que apoyado por los miembros de su brigada declaró: "La explotación no está liquidada entre nosotros. Los comunistas e ingenieros tienen sirvientes. Los trotskistas Zinoviev y Kamenev no pueden ser fusilados porque son viejos bolcheviques" /.../ Similares acusaciones sobre trotskistas existen en los archivos de Moscú. Por ejemplo, en una fábrica de Moscú, un obrero dijo en una reunión del partido: "¿Cómo puede ser que estas buenas personas (Trotsky, Kamenev, Zinoviev), hayan caído en el camino de la contrarrevolución?". Otro obrero, miembro del partido desde 1923, exigió en la reunión de su sección que dijeran cuáles fueron los hechos y las fechas de las relaciones entre los trotskistas con la Gestapo, y se negó a votar a favor de Stalin.

Foto: Grupo de deportados, dos cercanos colaboradores de Trotsky: V. B. Eltsin, arriba a la izquierda; I. M. Poznanski, en medio a la derecha.

y las perspectivas revolucionarias en Europa no se produjo. Por el contrario, la emergente burocracia stalinista dispuso impedirla por métodos policiales.

Así describió Trotsky el clima político en que comenzó su lucha contra la burocracia en 1923, año que calificó de decisivo en la historia de la Unión Soviética, el Partido y la Internacional:

“Debido al desarrollo de nuevas capas de explotadores en la Unión Soviética como consecuencia de la NEP, y al agotamiento general de la clase obrera después de los tremendos esfuerzos y el fervor de los años de revolución y guerra civil, la burocracia del partido y del aparato estatal, que había adquirido gran fuerza, pudo elevarse con rapidez creciente como fuerza social independiente y árbitro entre las clases. Sin embargo, la burocracia podía conquistar el poder político por medio de la lucha contra la vanguardia proletaria, contra la democracia proletaria en el partido y los soviets. Este es el contenido de la lucha entre el stalinismo y el trotskismo, que se inició en 1923” (Evolución de la Comintern, Conferencia por – Cuarta Internacional de 1936, en “Documents of the Fourth International”).

La burocracia hunde la revolución alemana

1923 fue el año de la gran revolución alemana, que hubiera podido cambiar toda la situación y sacar a la Unión Soviética de su aislamiento. Para ello, se requería una dirección revolucionaria que estuviera dispuesta a encarar la lucha por el poder. Nuevamente, escuchemos a Trotsky:

“Había colosales huelgas de masas. Las comisiones de delegados de fábrica eran el centro de atracción de las masas revolucionarias. Los obreros se organizaban en piquetes y empezaban a armarse. En varios sindicatos grandes, los comunistas eran mayoritarios. La socialdemocracia estaba sumida en la confusión, y la burguesía dividida. El movimiento de masas había llegado al punto crítico en que requería el más alto grado de resolución e iniciativa práctica por parte de la dirección revolucionaria para llevar la movilización a la victoria. Pero la dirección del Partido Comunista demostró que era incapaz de cumplir su tarea histórica: era apenas una dirección socialdemócrata con un barniz comunista. Se aferró al frente con la socialdemocracia, incapaz de comprender que el concepto de frente único es “dar un paso atrás para mejor tomar impulso”, ni que en determinado momento la lucha para ganar a las masas solo se puede realizar mediante la lucha directa por el poder. La dirección de la Internacional Comunista, que ya había mostrado señales de degeneración burocrática, también fue incapaz de indicar al PC alemán el camino justo. Cuando la burguesía alemana recuperó sus fuerzas, proclamó el estado de sitio y tomó la ofensiva, el PC capituló sin luchar. La consecuencia de ello fue una grave derrota del proletariado alemán y europeo, mientras que el capitalismo europeo

pudo volver a estabilizarse.” (Idem).

La burocracia stalinista, lejos de extraer las lecciones de la derrota alemana, proclamó que el único “culpable” era la dirección del Partido Comunista alemán, a la que convirtió en chivo emisario de sus propios errores.

El “socialismo en un solo país”

Más grave, para el futuro de la dirección internacional del proletariado, fue que Stalin empezó a desarrollar su teoría del “socialismo en un solo país”:

“La teoría del socialismo en un solo país —escribe Trotsky—, presentada en el otoño de 1924 por Stalin, el jefe de la burocracia, en flagrante contradicción con la teoría y la práctica del marxismo-leninismo, fue para las nuevas capas sociales (burócratas, campesinos ricos, tecnócratas) la expresión ideológica de sus mezquinos intereses nacionales. Se proclamó que el portaestandarte del socialismo no era el proletariado internacional sino la burocracia. La Internacional Comunista, creada para servir de instrumento de la revolución mundial, se convirtió en la herramienta de los intereses nacionales de la burocracia soviética”.

La concepción de Stalin era, en síntesis, que las riquezas naturales permiten que la URSS construya el socialismo en sus fronteras geográficas. En realidad la nueva teoría trataba de imponer a la conciencia de los trabajadores un sistema de ideas más concreto: la revolución ha terminado definitivamente; las contradicciones sociales tendrán que atenuarse progresivamente; el campesino rico será asimilado poco a poco por el socialismo, el conjunto de la evolución, independientemente de los acontecimientos exteriores, seguirá siendo regular y pacífico.

La teoría del socialismo en un solo país era la justificación lisa y llana de lo que después será otro de los caballitos preferidos de Stalin: la coexistencia pacífica, la colaboración con la burguesía y el imperialismo a escala mundial. Es decir, “socialismo” en un país y capitalismo en el resto del mundo.

Bujarin se convertirá en el teórico de esta posición de Stalin. El proclamó que las “diferencias de clase en nuestro país o la técnica atrasada no nos conducirán al fracaso; podemos construir el socialismo en este terreno de miseria técnica; su crecimiento será muy lento, avanzaremos a paso de tortuga pero construiremos e socialismo y lo terminaremos...”.

Detrás de esta “teoría” derrotista, aislacionista y capituladora se escondía, como muy bien lo denunciaba Trotsky, el pacifismo de una burocracia inepta, que echaba por la borda todas las enseñanzas de Lenin y se refugiaba en el nacionalismo más estrecho, creando la utopía reaccionaria de que se podía construir el socialismo a partir de un solo país.

Pero esta “teoría” tenía sus consecuencias prácticas. Apoyándose en ella se inició una lucha despiadada con-



Foto: Manifestación de deportados en Yenisei, el 7 de noviembre de 1928: “Abajo los kulaks, y la burocracia”, “Viva la dictadura del proletariado”.

tra Trotsky y sus seguidores. Esta “teoría” fue la cobertura para denunciar que Trotsky estaba en contra de los campesinos pobres, que estaba en contra de la edificación del socialismo, con su aventurerismo industrialista. Esta teoría se puso al servicio del acuerdo con el dictador chino Chiang Kai Shek para aplastar la revolución en ese país asiático. Esta teoría se puso al servicio de los burócratas ingleses para derrotar la gran huelga de los trabajadores británicos en 1926. Esta teoría, en una palabra, fue la cobertura para tirar por la borda toda la tradición revolucionaria del marxismo y del leninismo. De aquí que Stalin y sus epígonos se lanzaran contra la teoría de la Revolución Permanente, y sus sostenedores.

Esta lucha no fue entonces una mera discusión teórica, sino un proceso en el que estuvo en juego la vida y la muerte de la revolución. Al mismo tiempo que avanzaba contra la concepción y el programa revolucionario, la burocracia buscaba eliminar de los puestos de conducción en el Estado y el partido a sus opositores. El 2 de enero de 1925 el Buró Político releva a Trotsky de sus funciones de presidente del Consejo Superior de Guerra y de Comisario del Pueblo del Ejército y la Marina.

La Oposición de Izquierda

Desde sus comienzos, la Revolución Rusa había proclamado su carácter internacionalista. Tanto Lenin como Trotsky sostenían que el Estado obrero soviético carecía de las premisas materiales —sobre todo, una industria altamente desarrollada para sobrevivir sin la ayuda de la revolución en los países capitalistas avanzados.

En 1923, existía la perspectiva de una revolución en Alemania, uno de los países capitalistas más avanzados. Esa revolución se produjo, pero fue derrotada, como hemos visto, no por falta de condiciones objetivas sino debido a los errores tanto de la dirección stalinista que controlaba la III Internacional como la del Partido Comunista alemán. Con ello, quedó eliminada la posibilidad de una solución internacional a la crisis del Estado soviético y su partido.

Víctor Serge, en su libro Vida y muerte de León Trotsky, describe así la atmósfera de estos años:

“En la cúspide, el secretario general seleccionaba a los secretarios regionales. Con sólo proponer y obtener una multitud de nombramientos, lograba llenar los comités con clientes suyos, la mayoría de los cuales eran hombres que todo le debían. A su vez, estos secretarios regionales nombraban a otros, quienes a su vez, etc. Antes de existir la palabra, ya se había ‘stalinizado’ el aparato del Partido.”

En 1925, al reunirse en Moscú el XIV Congreso del Partido, más burocráticamente preparado que cualquier otro, todas las delegaciones fueron designadas por los secretarios que dependían del secretario general. Stalin había logrado consolidarse dentro del aparato. Derrotado Trotsky, aquél preparó entonces la defenestración de Zinoviev y Kamenev. Este XIV Congreso será el comienzo. De nada valieron los reclamos de ambos. La multitud del congreso terminó atronando: ¡Stalin! ¡Stalin!

Kamenev fue relevado de sus funciones de Presidente del Soviet de Moscú y Zinoviev, cuya organización en Le-

ningrado también había sido quebrada, es “renunciado” de la dirección de la III Internacional. Esta situación los acercó a Trotsky.

La Oposición de Leningrado propone una alianza, incluso una fusión, con la Oposición de 1923, reconociendo que sobre los problemas de la burocratización del Partido, del aplastamiento de la democracia interna y de la necesidad de un verdadero nuevo curso, Trotsky tenía razón en 1923.

Como consecuencia de esta fusión se elaborarán respuestas programáticas tendientes a resolver los numerosos problemas económicos y sociales que sacudían a la URSS. La Nueva Oposición preveía un conflicto entre los campesinos pobres y los campesinos enriquecidos (alentados por la política de Stalin-Bujarin que se expresaba en la consigna de: ¡Campesinos enriqueceos!); veía el peligroso estancamiento de la industria, las dificultades en el aprovisionamiento de las ciudades y del ejército; la crisis monetaria; la formación de una burguesía contrarrevolucionaria; la continuada degeneración burocrática del Estado y del partido y la corrupción y capitulación final de la burocracia.

Frente a ello la Oposición planeaba: condonación de todos los impuestos a los campesinos pobres (que eran el 50%); aumento de los impuestos a los campesinos ricos. Respecto de la clase obrera, revisión de la política salarial, retorno a la democracia sindical, es decir, restablecimiento y acrecentamiento de los derechos formales del obrero.

Para los consumidores: medidas contra la especulación y los beneficios ilícitos del comercio privado. Con relación a la producción en su conjunto: establecimiento de planes quinquenales escalonados, con el fin de obtener una rápida industrialización del país.

Condición para que el Partido y el Estado pudieran cumplir sus nuevas tareas: devolver a los militantes la iniciativa, la palabra, el derecho de crítica y de efectuar proposiciones; renovar el entusiasmo, sacudir la torpeza y la esclerosis del régimen burocrático.

Este era el programa de la Nueva Oposición, expuesto en multitud de documentos, especialmente en la declaración de los ochenta y tres viejos bolcheviques, e inmediatamente firmada por tres mil miembros del Partido y en la Plataforma de 1927 que recogió unas diez mil firmas.

La Revolución China logró, en 1925, reanimar el entusiasmo de amplios sectores de vanguardia en la URSS, pero la política de Stalin de apoyo incondicional a Chiang-Kai-Shek va a terminar en un desastre político y en una masacre generalizada de los militantes comunistas chinos en 1927.

Stalin ordena a los comunistas de Shangai que entreguen o escondan sus armas y manifiesta tener absoluta confianza en Chiang-Kai-Shek. Los obreros y artesanos de Shangai le obedecen y la tragedia estalla.

En marzo de 1927 Stalin pronuncia un discurso en Moscú diciendo de Chiang-Kai-Shek: “Lo tenemos agarrado; lo utilizaremos y después lo arrojaremos como un limón exprimido...” Esa misma noche llega la noticia de que Chiang-Kai-Shek ha procedido a desarmar a los sindicatos de Shangai por la fuerza y que ha masacrado a los comunistas.

Esta derrota descorazona a las masas, refuerza la inercia y fortalece a la burocracia. A fines de octubre de 1927, Zinoviev, Kamenev y Trotsky fueron excluidos del Comité Central. El 15 de noviembre de 1927 fue publicada la expulsión del partido de Trotsky y Zinoviev. Al día siguiente el amigo de Trotsky, Adolfo Ioffe, se disparaba un tiro en la cabeza.

El 15 de enero de 1928 Trotsky es deportado a Alma Ata. La Oposición de Izquierda es prácticamente disuelta. Kamenev y Zinoviev se autocritican para poder ser reaceptados dentro del partido y la mayoría de los compañeros termina en las prisiones. Se inicia una nueva etapa en la vida de Trotsky, la del exilio y la deportación, pero seguirá su lucha contra la corriente.

El giro ultraizquierdista de Stalin

Stalin hizo todo lo posible para terminar de liquidar a la Oposición de Izquierda. Su carta de triunfo fue un “viraje a la izquierda” de 180 grados que dio en 1928. Asustado por el creciente peso económico y político que tomaban los kulaks (Chacareros ricos) —que les permitía chantajear y sacar crecientes concesiones al Estado soviético—, Stalin pasó del “campesinos enriqueceos” a la expropiación y “colectivización forzosa” y a la deportación de diez millones de campesinos. Y de la posición de construir el socialismo “a paso de tortuga”, ahora se pasó a “la industrialización a marcha acelerada”.

Muchos militantes de la Oposición de Izquierda consideraron este viraje de Stalin como una aceptación del programa adelantado por Trotsky.

En julio de 1929, Radek, Preobrashenski y Smilga encabezaron una oleada de capitulaciones. Y en octubre, otro importante grupo encabezado por Smirnov siguió el mismo camino.

En cambio, Cristian Rakovski desde la prisión, dirigió la resistencia a este proceso.

Trotsky escribió docenas de cartas y artículos explicando el por qué del viraje de Stalin, sosteniendo la moral política y la acción consecuente y tenaz de los opositores como Rakovski.

Su réplica a los documentos del VI Congreso de la Internacional fue parte de esa batalla.

Una vez más Trotsky demostrará que ni el análisis de la situación a escala nacional e internacional, ni la política ni el programa adoptados en ese Congreso, tienen nada que ver con el leninismo, ni con las experiencias de la Revolución de Octubre, ni con la orientación de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista.

Hacia la IV Internacional

“La Cuarta Internacional, ya desde ahora, es odiada merecidamente por los stalinistas, los socialdemócratas, los liberales burgueses y los fascistas. No hay ni puede haber lugar para ella en ninguno de los Frentes Populares. Combate irreductiblemente a todos los agrupamientos políticos agarrados a la falda de la burguesía. Su tarea: la abolición del dominio capitalista.

Su objetivo: el socialismo. Su método: la revolución proletaria”.

Desde su expulsión de la URSS, Trotsky inicia un trabajo para armar a la vanguardia con las enseñanzas de Lenin. En todos los países, los revolucionarios luchaban contra la corriente. En esas condiciones adversas, la insistencia de Trotsky tuvo éxito: pronto habría de nacer la Oposición de Izquierda Internacional.

En marzo de 1929, Trotsky aconsejó:

“No se puede unificar a la Oposición con sermones abstractos sobre la unidad ni con combinaciones meramente organizativas. Hay que preparar teórica y políticamente la unidad. En este proceso debe quedar claro cuáles son los grupos y elementos que se ubican en un terreno común y cuáles se enrolan en la Oposición como resultado de algún malentendido.

El programa es, mejor dicho, debe ser, el criterio más importante. Este criterio será más preciso en la medida en que cada grupo, independientemente de las fuerzas con que cuenta en la actualidad, sea capaz de sacar conclusiones políticas justas de las luchas actuales. Me refiero en primer término al programa nacional. Porque si la Oposición no interviene constantemente en la vida del proletariado y en la vida del país, se convertirá inexorablemente en una secta estéril. Sin embargo, es necesario elaborar al mismo tiempo un programa internacional de la Oposición, que sirva de puente hacia un futuro programa de la Internacional Comunista. Porque resulta absolutamente evidente que la Internacional Comunista regenerada necesitará un programa nuevo. Sólo la Oposición puede elaborarlo. Hay que emprender esta tarea ahora mismo”. (“Las Tareas de la Oposición, Escritos, Tomo I, Vol.2, Ed. Pluma, Bogotá).

La nueva corriente se reúne en París

El 6 de abril de 1930 se realizaba en París la conferencia preliminar de la Oposición de Izquierda Internacional. Allí estuvieron presentes delegaciones de grupos y ligas de Estados Unidos, Francia, Alemania, Bélgica, Checoslovaquia, Hungría. Los delegados de Rusia y Austria no pudieron llegar por razones policiales. Los grupos de China, México y Argentina no participaron por razones de distancia, pero compartían las posiciones y objetivos de la reunión.



El Boletín de Oposición Nº 11 de mayo de 1930, titulado: “Un gran avance”, considera al encuentro como una conferencia preliminar. Los propios delegados, en un telegrama dirigido a Trotsky la definieron “primera reunión internacional de la Oposición de Izquierda. Uno de los objetivos de la misma fue preparar una nueva conferencia internacional plenaria, que actúe en base a resoluciones difundidas y discutidas de antemano”.

Los “once puntos”

La nueva conferencia se realizó en 1933. Ella fue la que aprobó las tesis conocidas como “once puntos”, con las cuales la Oposición de Izquierda enfrentó al stalinismo, cuyo oportunismo burocrático nacionalista lo llevaba a pactar siempre con partidos ajenos al proletariado.

Los puntos incluyeron la independencia, siempre en todas las circunstancias, del partido proletario; el reconocimiento del carácter internacional, por lo tanto permanente, de la revolución proletaria, rechazando “el socialismo en un solo país”; el repudio a la política económica de la fracción stalinista, el reconocimiento de la necesidad de volver a la política económica realista del leninismo; el repudio a la colaboración de clases con la burguesía

y de la teoría antimarxista del "devenir" pacífico de la dictadura democrática en socialista; y el reconocimiento de la democracia partidaria, no sólo de palabra sino de hecho, repudiando al régimen stalinista que cerraba el acceso a la información de la base.

Trotsky comentó del siguiente modo este programa: "La conferencia no aprobó un programa acabado pero sí las tesis principales que dan las directivas para un programa... La elaboración de un programa sigue siendo para los bolcheviques leninistas una tarea de gran envergadura y responsabilidad. Ello dependerá en gran medida del trabajo colectivo. Pero las dificultades que se plantean son principalmente de carácter teórico y técnico literario. La orientación política del programa ya está determinada. La Oposición de Izquierda Internacional ya se encuentra suficientemente armada, con documentos que reemplazan al programa, para las tareas inmediatas de la revolución proletaria." (Un gran éxito; Escritos,

Tomo IV, Vol. 1)

Reencausar la Internacional y los partidos comunistas

Trotsky destacó que, la Oposición de Izquierda Internacional y sus secciones nacionales:

"Se consideran fracciones de la Internacional Comunista y de los partidos comunistas nacionales. Esto significa que la Oposición de Izquierda no acepta el régimen organizativo creado por la burocracia stalinista como algo definitivo. Por el contrario, su objetivo consiste en arrancar la bandera del bolchevismo de las manos de la burocracia usurpadora y reencausar la Internacional Comunista hacia los principios de Marx y Lenin."

(Tareas y Métodos de la Oposición de Izquierda Internacional, dic. 1932, Escritos, Tomo IV, Vol. 1)

En los hechos, a los trotskistas les fue imposible militar en los partidos comunistas, donde la alternativa era

La historia de las internacionales

Carlos Marx y Federico Engels fundaron la Primera Internacional en 1864, con un grito de guerra: Proletarios de todos los países, uníos. Los dos dirigentes se basaban en el carácter internacional de la clase obrera, y en que su enemigo también es mundial: la burguesía y el imperialismo, y creían que habían que reemplazar el capitalismo por otro sistema mundial, el socialismo, eliminando la explotación y la propiedad privada de las fábricas y las tierras.

La heroica gesta de la Comuna de París en 1870, fue el primer, aunque fracasado, intento, que demostró que los trabajadores sí pueden gobernar.

Disuelta la Primera Internacional, se fundó la Segunda, sobre la base de las grandes conquistas de la clase obrera europea a fines del siglo XIX: los grandes sindicatos y los grandes partidos socialdemócratas de masas, que agrupaban a la mayoría de los trabajadores en sus países.

La Segunda murió políticamente en los fuegos de la Primera Guerra Mundial en 1914, pues sus dirigentes se encolumnaron detrás de sus respectivas burguesías y permitieron que los obreros, esa clase inter-

nacional, se dividieran país por país y se mataran entre ellos en la peor carnicería vista hasta el momento. Un puñado de dirigentes resistió esta traición. En sus filas estaban Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que "cabían entre un carro", según la expresión de Trotsky. Ellos recogieron la bandera pisoteada del internacionalismo y la mantuvieron en alto, cuando todo parecía derrumbarse.

Habían pasado apenas tres años, cuando estalló la revolución en Rusia y los trabajadores tomaron el poder con el Partido Bolchevique al frente. Rápidamente el fuego revolucionario abarcó a Europa y cayeron como fichas de dominó los imperios zarista, alemán, húngaro y turco.

La III Internacional

Lenin y Trotsky apostaban al triunfo de la revolución europea y para eso fundaron en 1919 en Moscú la Tercera Internacional, con el ala izquierda de la Segunda Internacional.

No fue fácil: dos de sus grandes inspiradores, Rosa Luxemburgo y Liebknecht, fueron asesinados mientras los delegados llegaban a Moscú, y otros grandes dirigentes de las revoluciones europeas de esa época cayeron en la lucha. La Tercera Internacional alcanzó a tener una gran influencia en Europa y los parti-

dos comunistas jugaron un papel de primera línea en la revolución alemana, en Hungría, Francia, Italia e Inglaterra. Pero eran muy jóvenes, y sus revoluciones fueron derrotadas, sentando la base del aislamiento de la URSS y de su burocratización.

La III Internacional, conducida por Stalin, contribuyó luego a las aplastantes derrotas sufridas en España, Italia y Alemania en los años treinta. Con su política del "tercer periodo", que consistió en dividir a la clase obrera y negarse a unir los partidos comunistas con los partidos socialistas para impedir el triunfo del fascismo, primero. Luego fue la política del frente popular, que condujo a los partidos comunistas a apoyar gobiernos de unidad con la burguesía en Francia y en España, sentando las bases de la derrota de la guerra civil española y del gobierno francés. Todo esto, acompañado con las purgas y asesinatos cometidos en su nombre, como el de Andrés Nin, el dirigente amigo de Trotsky en España.

La III Internacional fue disuelta en 1943, justo antes del triunfo definitivo sobre el fascismo, para preparar el acuerdo que firmaron Stalin con Roosevelt y Churchill, los gobernantes de Estados Unidos y de Gran Bretaña, para repartirse el mundo en áreas de influencia.

someterse por completo a los dictados de la dirección stalinista o ser expulsados. Ante esa realidad, debieron organizarse en partidos y grupos propios, aunque seguían reivindicándose "fracción de la Internacional Comunista", con el objetivo de "ganar al núcleo proletario de los partidos oficiales para reconstruirlos sobre cimientos marxistas". Sólo una "inmensa catástrofe histórica", dijo Trotsky, podía provocar la muerte de la Tercera Internacional y plantear la necesidad de construir partidos nuevos. Esa catástrofe estaba en ciernes, y se produjo poco después.

El 30 de enero de 1933, Hitler fue designado canciller de Alemania, y en marzo de ese año asumió poderes dictatoriales.

El triunfo de Hitler

La subida del nazismo en Alemania fue la "catástrofe" que obligó a Trotsky a rever su posición de permanecer en los partidos y en la Internacional Comunista.

Lo más grave para Trotsky fue que el poderoso proletariado alemán, engañado y desmovilizado por los dirigentes de sus partidos, cayó aplastado sin resistencia.

El triunfo de Hitler, en enero de 1933, fue posibilitado por la suicida política ultraizquierdista del Partido Comunista Alemán que siguiendo las órdenes de Moscú, se opuso a hacer un frente obrero con la socialdemocracia para enfrentar al nazismo. Esta era la política sostenida por el trotskismo.

En marzo, Trotsky llamó a la Oposición de Izquierda a reconocer que el Partido Comunista Alemán estaba liquidado corrió fuerza revolucionaria y a comenzar a trabajar en ese país para formar un nuevo partido.

Pero, evidentemente, el problema no se reducía a Alemania. A mediados de julio, Trotsky escribe su célebre artículo "Es imposible permanecer en la misma Internacional con Stalin, Manuilsky, Lozovsky y Cía."

Por una nueva Internacional

En dicho artículo, afirma:

"Es hora de romper con esa caricatura moscovita de internacional. Es imposible responsabilizarse políticamente, ni aun en lo más mínimo, por los stalinistas. Fuimos muy prudentes y pacientes respecto de la Internacional, pero hay límites para todo. Ahora que Hitler se encaramó al poder ante el mundo entero, sostenido de un lado, por Wells y del otro por Stalin; ahora que, a pesar de la catástrofe, la Internacional declaró que su política es infalible, ninguna persona razonable puede albergar esperanzas de 'reformular' a esta camarilla (...)

"No hay que dejarse engañar por los conceptos generales. La Internacional de conjunto es una abstracción, por no decir una expresión vacía. Su control está en rímanos de la camarilla stalinista."

Y agregaba:

"Además, en otro aspecto también se dio un cambio

decisivo: el año pasado todavía existía el Partido Comunista Alemán. En medio de la vorágine de los grandes acontecimientos, todavía debía rendir cuentas ante las masas trabajadoras. Teníamos derecho a suponer, hasta que llegara la hora de la verdad, que el desarrollo de la lucha de masas haría cambiar completamente no sólo al Comité Central de Thaelmann sino también el presidium de Stalin-Manuilsky. Pero no fue así."

En cuanto al programa Trotsky decía:

"Construiremos nuestro programa sobre las bases establecidas por los cuatro primeros congresos; constituyen un fundamento marxista irreprochable, nuestro fundamento. Sólo la Oposición de Izquierda tradujo al lenguaje del marxismo las lecciones de los últimos diez años. Nuestro pre-congreso internacional, resumió en sus once puntos esas lecciones".

Y en lo que respecta al partido dentro de la URSS:

"Durante mucho tiempo supusimos que podríamos regenerar al propio PCUS y por su intermedio al régimen soviético. Pero el actual partido oficial se parece mucho menos que hace uno o dos años a un partido. Hace más de tres años que se reúne el congreso partidario, y nadie dice nada al respecto. La camarilla stalinista está liquidando y reconstruyendo su 'partido' como si fuera un batallón disciplinario. Con las purgas y expulsiones se intentó al principio desorganizar el partido, aterrorizarlo, privado de la posibilidad de pensar y actuar; ahora el objetivo de la represión es impedir la reorganización partidaria. Sin embargo, el partido proletario es indispensable para que el estado soviético siga viviendo. Hay muchos elementos que le son favorables, saldrán a luz y se unificarán en la lucha contra la burocracia stalinista. Hablar ahora de 'reformular' el PCUS implica mirar hacia atrás, no hacia delante, llenarse la cabeza con fórmulas huecas. En la URS hay que construir de nuevo Partido Bolchevique."

La revolución política

Meses más tarde, Trotsky señaló que la ruptura con la Internacional Comunista le planteaban a él y a toda su corriente (ahora denominada Liga Comunista Internacional) el problema de la URSS.

Para él, había habido una contrarrevolución política, pero las bases económicas seguían en pie.

En el debate, surgió en el trotskismo una corriente llamada "antidefensista", opinando que no había que defender a la URSS de ataques imperialistas porque ella misma se había convertido en otro estado imperialista.

Trotsky y la mayoría de la Liga batallaron duramente contra esa corriente, que terminó abandonando el trotskismo. Para ellos, en cambio, la URSS era un estado obrero degenerado y había que defenderlo con uñas y dientes de una posible restauración capitalista.

Lo más importante es que en el artículo comentado, Trotsky formula por primera vez el postulado fundamental

Contra el oportunismo y el revisionismo sin principios *

La política del partido de León Blum en Francia demuestra nuevamente que los reformistas son incapaces de aprender nada de las lecciones de la historia. La social democracia francesa copia servilmente la política de la social democracia alemana y marcha hacia la misma catástrofe.

En las últimas décadas, la Segunda Internacional ha ligado estrechamente su destino al régimen democrático burgués y está pudriéndose a la par de él. La Tercera Internacional ha entrado en el camino del reformismo precisamente ahora que la crisis del capitalismo ha puesto definitivamente en el orden del día a la revolución proletaria.

La política actual de la II Internacional en España y en China, que consiste en arrastrarse ante la burguesía "nacional" y "democrática", revela que ésta tampoco es capaz de cambiar ni de aprender nada. La burocracia, que en la U.R.S.S. se ha convertido en una fuerza reaccionaria, no puede desempeñar un papel revolucionario en el orden internacional.

En su conjunto, el anarcosindicalismo ha experimentado una evolución del mismo género. En Francia, la burocracia sindical de León Jouhaux desde hace mucho tiempo se ha convertido en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España, el anarcosindicalismo se desprendió de su revolucionarismo de fachada, desde que apareció la revolución, y se convirtió en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa.

Las organizaciones intermedias centristas, que se agrupan en torno al Bureau de Londres, no son más que apéndices "izquierdistas", poniendo en evidencia su absoluta incapacidad para orientarse en una situación

histórica y deducir conclusiones revolucionarias. Su punto culminante fue alcanzado por el P.O.U.M. español que frente a una situación revolucionaria resultó ser completamente incapaz de tener una política revolucionaria.

Las trágicas derrotas que el proletariado mundial viene sufriendo desde hace una larga serie de años han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo todavía más acentuado y, al mismo tiempo, a los "revolucionarios" pequeño-burgueses decepcionados, a buscar "nuevos" caminos. Como siempre en las épocas de reacción y decadencia, por todas partes aparecen magos y charlatanes que quieren revisar todo el desenvolvimiento del pensamiento revolucionario.

En lugar de aprender del pasado, lo "corrigen". Unos descubren la inconsistencia del marxismo, otros proclaman la quiebra del bolchevismo. Unos adjudican a la doctrina revolucionaria la responsabilidad de los crímenes y errores de quienes lo traicionan. Otros maldicen a la medicina porque no asegura una curación inmediata y milagrosa. Los más audaces prometen descubrir una panacea y mientras tanto recomiendan que se detenga la lucha de clases. Numerosos profetas de la nueva moral se disponen a regenerar al movimiento obrero con ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de estos apóstoles se han convertido en inválidos morales sin batalla. Así, con el ropaje de revelaciones deslumbradoras no se ofrecen al proletariado más que viejas recetas enteradas desde hace mucho tiempo en los archivos del socialismo anterior a Marx. La IV Internacional declara una guerra implacable a las burocracias de la II y de la III Internacionales, de la Internacional de Amsterdam y de la Internacional anarcosindicalista, lo mismo que a sus satélites centristas; al reformismo sin reformas, al democratismo aliado a la G.P.U., al pacifismo sin paz, al anarquismo al servicio de la burguesía, a los "revolucionarios" que temen mortal-

mente a la revolución.

Todas estas organizaciones no son promesas del porvenir sino supervivencias podridas del pasado. La época de las guerras y de las revoluciones no dejará ni rastros de ellas. La IV Internacional no busca ni inventa ninguna panacea. Se mantiene enteramente en el terreno del marxismo, única doctrina revolucionaria que permite comprender la realidad, descubrir las causas de las derrotas y preparar conscientemente la victoria. La IV Internacional continúa la tradición del bolchevismo que por primera vez mostró al proletariado cómo conquistar el poder. La Cuarta Internacional desecha a los magos, charlatanes y profesores de moral. En una sociedad basada en la explotación, la moral suprema es la de la revolución socialista. Buenos son los métodos que elevan la conciencia de clase de los obreros, la confianza en sus fuerzas y su espíritu de sacrificio en la lucha.

Inadmisibles son los métodos que inspiran el miedo y la docilidad de los oprimidos contra los opresores, que ahogan el espíritu de rebeldía y de protesta, o que reemplazan la voluntad de las masas por la de los jefes, la persuasión por la coacción y el análisis de la realidad por la demagogia y la falsificación.

He aquí por qué la social democracia, que ha prostituido el marxismo tanto como el stalinismo, antítesis del bolchevismo, son los enemigos mortales de la revolución proletaria y de la moral de la misma.

Mirar la realidad cara a cara, no buscar la línea de la menor resistencia, llamar a las cosas por su nombre, decir la verdad a las masas por amarga que ella sea, no temer los obstáculos, ser fiel en las pequeñas y en las grandes cosas, ser audaz cuando llegue la hora de la acción, tales son las reglas de la IV Internacional. Ella ha mostrado que sabe marchar contra la corriente.

La próxima ola histórica la pondrá sobre su cresta.

**El programa de transición, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, págs 74 y ss.*

de la necesidad de hacer una nueva revolución en la URSS para derribar a la burocracia.

Esa revolución —que Trotsky llamó política y no social, porque la burguesía ya había sido expropiada— es la que hoy estallará con toda su amplitud.

"¿Cómo encarar la reorganización del estado soviético? ¿Es posible resolver este objetivos con métodos pacíficos?"

"Antes que nada tenemos que establecer como axioma inmutable que el único que puede resolver este objetivo es un partido revolucionario. La tarea histórica fundamental es crear en la URSS el partido revolucionario con los elementos sanos del viejo partido y con la juventud. Luego veremos bajo qué condiciones se puede lograr.

..."No quedan caminos constitucionales normales para remover la camarilla dominante. Solo por la fuerza se podrá obligar a la burocracia a dejar el poder en manos de la vanguardia proletaria". (Escritos, tomo V, vol. 1)

Nace la IV Internacional

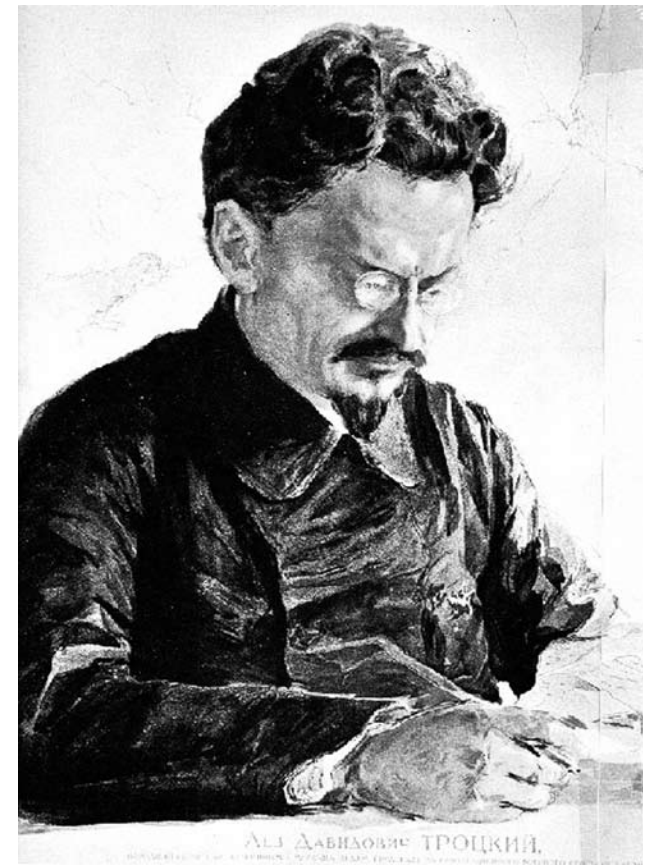
A partir de 1933, Trotsky se volcó de lleno a la construcción de los nuevos partidos y de la Cuarta Internacional. Era una tarea de doble faz: por un lado, se trataba de elaborar y sentar las bases programáticas de las nuevas organizaciones; por el otro, de construir estas organizaciones en la lucha de clases cotidiana. Dedicó a ambas todos sus esfuerzos, durante los siete años restantes de su vida.

El período era el de las graves derrotas de la clase obrera, que llevaron a la carnicería de la Segunda Guerra Mundial. Esto no significa que el proletariado dejó de luchar. Por el contrario, la década de 1930 registra la revolución francesa de 1934-36 y la revolución española, al cabo de la cual se produjo la Guerra Civil. Pero terminaron en otras tantas victorias de la contrarrevolución.

En el curso de estos procesos, las escasas fuerzas trotskistas buscaron la manera de insertarse en las luchas y crecer. Desde los sucesivos países donde estuvo exiliado —Turquía, Francia, Noruega y finalmente México— Trotsky siguió los acontecimientos y ayudó a los partidos a elaborar sus tácticas.

Ante la traición del stalinismo y el avance del fascismo, importantes sectores de la clase obrera se sintieron atraídos por la socialdemocracia e ingresaron en ella. Esto fortaleció los partidos socialistas, pero a la vez dio lugar a la formación, en su interior de corrientes y tendencias centristas.

Trotsky vio en este fenómeno una oportunidad importante para el crecimiento de los núcleos de la Cuarta Internacional. Por medio de una política adecuada, era posible ganar a esas corrientes para una política revolucionaria e incorporar a sus mejores elementos. A través de decenas de cartas y documentos, instó a sus camaradas en Francia y España, donde se desarrollaban grandes procesos revolucionarios, que entraran en los



partidos socialistas a fin de librar, en su interior, "una lucha inexorable contra sus direcciones reformistas". Esta política se aplicó también en Estados Unidos, donde existía el núcleo trotskista más fuerte, surgido de las filas del Partido Comunista y dirigido por uno de los fundadores de éste.

Años después, al hacer un balance de lo que llamó la "prehistoria de la Cuarta Internacional", Trotsky describió una primera etapa durante la cual los núcleos revolucionarios permanecieron en los partidos comunistas stalinistas, y una segunda, a partir de 1933. Sobre la última dijo:

"La repugnante capitulación de la Internacional Comunista en Alemania, tácticamente aceptada por todas sus secciones, planteó abiertamente la cuestión de la necesidad de construir la Cuarta Internacional. Sin embargo, nuestras pequeñas organizaciones, que crecieron por medio de una selección individual en el proceso de la crítica teórica, prácticamente por fuera del movimiento obrero mismo, habían probado no estar todavía preparadas para una actividad independiente. El segundo período se caracteriza por los esfuerzos de encontrar un verdadero campo de acción para estos aislados grupos de propaganda a costa de renunciar temporalmente a la independencia formal. La entrada a los partidos socialistas inmediatamente aumentó nuestras filas, aunque cualitativamente los logros no fueron tan grandes como pudiesen haber sido. Pero esta entrada significó una

Sobre los Estados Unidos de América

Trotsky escribió este artículo sobre la crisis económica mundial en 1936. Hoy, cuando el capitalismo atraviesa la peor crisis desde 1929, sus palabras cobran plena actualidad.

Dotado de gran riqueza y de un aparato productivo altamente desarrollado, Estados Unidos se ha elevado en el curso de la guerra al rango de potencia imperialista dirigente del mundo.

No obstante, asume ese rol dirigente en una época en la que el capitalismo ya declinaba en todas partes, y en la que los conflictos entre las grandes potencias no dejaban de acentuarse. El imperialismo americano ya no puede extenderse más, ni incluso mantener su posición actual en el mundo, sin marcar una extensa brecha en el poder mundial actualmente en manos de otras potencias imperialistas, sin atacar el nivel de vida de las masas de EEUU, de América Latina, de Europa, de Asia, a los que explota directamente, y de los que saca ganancia indirectamente. De manera que extendiendo su poderío por todo el mundo, el capitalismo de EEUU introduce en sus propios fundamentos la inestabilidad del sistema capitalista mundial.

La economía y la política de EEUU dependen de las crisis, las guerras y las revoluciones en todas partes del mundo. La dimensión misma del capitalismo americano y sus recursos, su aparición relativamente tardía en la escena mundial, la decadencia general y las conmociones características de esta época del capitalismo mundial se combinan para asegurar un ritmo rápido a la evolución económica de EEUU y, en consecuencia también, al desarrollo político de la burguesía y

de la clase obrera en EEUU.

La crisis de 1929-1933 y la evolución ulterior suministraron abundantes confirmaciones a la legitimidad de esta apreciación. En el país más rico del mundo, el salario del conjunto de obreros de la industria y la agricultura ha sido literalmente amputado a la mitad entre 1929 y 1932. El número de desocupados creció de 2.000.000 a entre 18 y 20.000.000. La producción de acero se redujo a menos del 20% de su capacidad. Las exportaciones, que superaban los cinco mil millones de dólares, cayeron a un millón y medio apenas; las importaciones pasaron de cuatro millones y medio aproximadamente, a más de mil millones. Después de 4.600 quiebras bancarias en tres años, todos los bancos del país cerraron sus ventanillas en marzo de 1933, en el apogeo de la crisis financiera.

El rol del régimen de Roosevelt consistió en “salvar” temporalmente al capitalismo. Tras este objetivo, abandonó completamente, y sin intentos de simulación, el tradicional “laissez-faire”, doctrina de EEUU y, particularmente, del propio Partido Demócrata, así como el instrumento particular de América: los derechos del Estado.

Utilizó los recursos financieros del Estado para socorrer a las empresas bancarias y comerciales e hizo votar leyes que restringían la competencia, permitían el alza de los precios, etc., es decir, favorecían el capitalismo monopólico. Al mismo tiempo, la administración Roosevelt, aunque todos los capitalistas no se hayan dado cuenta, servía efectivamente a los intereses capitalistas, manteniendo el descontento de las masas trabajadoras urbanas y rurales en vías de una política que consistía en pequeñas concesiones parciales, con frecuencia ilusorias, y principalmente en promesas demagógicas. Es así, por ejemplo, que hizo entrar en vigencia un sistema de jubilación a la vejez y de seguro de desempleo bajo control del gobierno [2], pero a una tasa ridículamente baja. El empleador

tiene la posibilidad de hacer caer el peso sobre los consumidores, es decir, sobre los trabajadores, y los sindicatos no tienen ninguna participación en la administración del sistema [3]. Formalmente, el “derecho” de los obreros a organizarse está reconocido [4], y el gobierno cultiva la amistad de los dirigentes sindicales. En la actualidad, los movimientos huelguísticos son quebrados, de manera sutil por mediadores codificados del gobierno, o de manera brutal, por gangsters privados, la policía o la milicia, sin ninguna protesta efectiva por parte de esta administración “liberal”.

Así, la vitalidad y los recursos del capitalismo americano, oportunamente ayudados por el estado democrático, están por el momento, aliviados de la crisis, en este sentido es que la producción se ha elevado notablemente por encima del nivel de 1932, que se ha podido lograr beneficios nuevamente en ciertas ramas, etc. Pero esto no quiere decir, inclusive para el poderoso capitalismo americano, que la crisis esté resuelta en el sentido en que fueron resueltas las crisis del pasado, es decir, con un nuevo ciclo de expansión en el curso del cual las condiciones de existencia de los trabajadores también se elevan. Todos los hechos indican hasta el momento que la crisis es permanente, aunque momentáneamente es menos aguda.

La renta agrícola, que era de 15 mil millones y medio de dólares en 1920 cayó a aproximadamente 5 mil millones en 1932. Aumentó notablemente en el último año, pero a 8 mil millones solamente, es decir un 40% por debajo del nivel de 1920. El volumen de producción de los objetos de consumo casi igualó en 1935 el nivel de 1929, pero el volumen de materiales de construcción ha sido la mitad inferior al de 1929 y la industria de los medios de producción sólo ligeramente superior de manera general. Esta recuperación sólo

se debió, en gran medida, mas bien a los gastos gubernamentales que a una verdadera recuperación (capitalista) de la industria privada, como puede deducirse del hecho de que las nuevas inversiones, que se elevaban en 1929 a 16 mil millones de dólares, cayeron en 1933 a menos de mil millones y sólo alcanzaron el último año la cifra de mil millones y medio. La racionalización ha progresado durante la recesión. En consecuencia, el crecimiento de la producción no tiene efectos proporcionales en la desocupación. El número de desocupados sigue siendo de 10 a 12.000.000 y no disminuyó de forma apreciable durante el año anterior. El número de personas subsidiadas se elevó de 22 a 25.000.000 entre 1935 y 1936. Esta es una ilustración viva de la manera



en que el capitalismo arroja sobre las espaldas de los trabajadores los gastos de la “reactivación”, así como los gastos de la crisis.

El capitalismo no ve claramente otra salida a semejante impasse que el empleo de la fuerza contra las masas trabajadoras por un lado, y contra otros grupos de potencias imperialistas, por el otro. Es así que se observa a la vez un agravamiento de las leyes represivas y de los recortes a las libertades civiles –aunque se lo pueda atribuir sobre todo a los estados y a los municipios, dejando al presidente nacional el privilegio de posar de “liberal”– y, bajo la inspiración, esta vez, de Roosevelt, un gasto anual de más de mil millones de dólares para la preparación militar y naval, una suma muy superior a todas las de los períodos precedentes.

Por el momento, estos gastos sirven para estimular la “reactivación” y pronto le permitirán al capitalismo americano, si ocurriera una guerra, dar un vigoroso golpe a sus

competidores.

En lo más profundo de la crisis, la clase obrera americana permaneció esencialmente pasiva. Esto era el resultado, por un lado de la violencia objetiva de los golpes a la que fue expuesta después de un largo período de prosperidad, y por otro lado, de este factor subjetivo que hace que, a causa de las condiciones particulares del desarrollo americano, entre en la crisis con organizaciones pequeñas y débiles, tanto en el terreno político como en el económico.

Sin embargo, desde 1933, la historia de la clase obrera americana se caracteriza por una actividad y una combatividad casi ininterrumpidas. Intentos obstinados y persistentes para organizarse, que culminan frecuentemente con luchas huelguísticas muy heroicas, fueron emprendidos por los obreros, incluidos los de las industrias claves, tales como el acero, el automóvil, el caucho, las fábricas de utilidad pública y la navegación, en donde, en el pasado, el movimiento sindical no había podido arraigarse [5]. Las

huelgas de los últimos años se destacan por un potente auge de la solidaridad y de la conciencia de clase, agrupan a decenas de miles de obreros que pertenecen a diferentes industrias, y a menudo también, a capas inferiores de la pequeña burguesía que han apoyado la lucha física de los obreros huelguistas contra los rompe huelgas, los matones privados, la policía e incluso la milicia.

Los efectos de esta nueva etapa del desarrollo del capitalismo americano y de la presión de las masas se reflejan en la polémica que se desarrolla actualmente en la American Federation of Labor (A.F.L.), la más profunda y la más encarnizada polémica de toda la historia de esta institución conservadora. Los dirigentes de algunos de los mayores sindicatos afiliados –como John L. Lewis [6], de los

Mineros– atacan de frente la política tradicional de los sindicatos por oficio de la Federación y exigen que le sea acordado a los obreros de las industrias de producción de masas, el derecho de organizarse en sindicatos por industria y que sean invitados allí. Dentro de la A.F.L. constituyeron un Comité para la Organización de Sindicatos por Industria (C.I.O.), para ayudar a los obreros de las industrias más importantes a organizarse sobre la base de la industria [7].

Se negaron a satisfacer la demanda del Ejecutivo de la A.F.L. de disolver la C.I.O. y ahora están comprometidos en los preparativos para una campaña de organización en la industria pesada. No obstante, no hay dudas que un vasto movimiento de organización y de huelga en una industria clave no puede ser considerado hoy en EEUU como una cuestión puramente sindical. Conduce necesariamente a un conflicto con la clase burguesa en su conjunto y con el aparato gubernamental, lo que implica consecuencias sociales muy profundas./.../

etapa extremadamente importante en la educación política de nuestras secciones, que por primera vez se probaron a sí mismas y a sus ideas, frente a frente a las realidades de la lucha política y sus exigencias vivas. Como resultado de la experiencia adquirida, nuestros cuadros crecieron bastante. Otra conquista no menos importante fue nuestro rompimiento con los sectarios incorregibles, los tontos y tramposos que están dispuestos a unirse a cualquier movimiento nuevo en un principio, sólo para hacer todo lo que esté a su alcance para comprometerlo y paralizarlo." (Escritos, tomo IX, Vol., 2, p. 633) A este período corresponde, en el plano de la teoría, La revolución traicionada, que Trotsky escribió en Noruega. Es aún hoy el análisis más profundo y completo que se haya elaborado sobre la degeneración de la Unión Soviética y constituyó un aporte fundamental para la construcción de la Cuarta Internacional y sus secciones.

La fundación de la Cuarta Internacional

Era la época en que las grandes potencias empezaban a reorganizarse para la Segunda Guerra Mundial Mussolini se aprestaba a invadir Etiopía. En julio de 1936 los fascistas españoles, bajo el mando de Franco, iniciaban una guerra civil, apoyados por Hitler y Mussolini. La burocracia soviética, por su parte, también realizaba sus aprestos para la guerra. Uno de los primeros pasos fue el abandono de la política ultraizquierdista aplicada por Stalin, desde 1928 hasta 1934, que había facilitado la subida de Hitler al poder. La nueva política stalinista empezó a tomar forma en la primavera de 1935, cuando Stalin firmó un pacto con la Francia imperialista y anunció que "comprende y aprueba plenamente" el rearme francés." En agosto de 1935 se realiza el séptimo y último Congreso mundial de la Internacional Comunista, donde se sancionó la nueva línea política.

Los stalinistas de todo el mundo debían colaborar, no sólo con las fuerzas obreras llamadas hasta ese momento "social-fascistas"(menos con los trotskistas), sino también con los capitalistas "democráticos" y "progresistas", incluidos sus partidos y a escala internacional. Además debían apoyar todos los preparativos militares y diplomáticos de los gobiernos imperialistas democráticos para la lucha contra los gobiernos fascistas.

Como resultado de esta política —aplicada hasta la firma del pacto Hitler-Stalin en 1939— las oportunidades revolucionarias que surgieron en Francia y España en 1936 se desperdiciaron deliberadamente y la clase obrera se encontró políticamente desarmada al estallar la Segunda Guerra Mundial.

La Carta Abierta

Ante este abrupto viraje de los stalinistas hacia la derecha, Trotsky redobló sus esfuerzos para la construcción

de una nueva organización leninista mundial. Poco antes de partir de Francia redactó el anteproyecto de la Carta Abierta por la Cuarta Internacional. El objetivo de esta carta era acelerar y, en lo posible, completar el reagrupamiento internacional de fuerzas revolucionarias. Esto era más necesario que nunca, puesto que Stalin, junto con la nueva política, ahora oportunista, aumentaba la persecución, encarcelamiento y asesinato de revolucionarios y militantes de la Oposición en la Unión Soviética. Desgraciadamente la Carta Abierta tuvo poca repercusión. Trotsky pensaba que quienes coincidían con su línea debían dar inmediatamente los primeros pasos tendientes a crear una nueva Internacional. Esa fue su propuesta a la Primera Conferencia Internacional por la Cuarta Internacional, convocada en julio de 1936 por la Liga Comunista Internacional. Pero los delegados juzgaron que tal medida era prematura y sólo resolvieron crear el Movimiento por la Cuarta Internacional.

Su batalla para convencer de esta necesidad a quienes coincidían con su orientación fue muy dura. Los esfuerzos de Trotsky para construir la Cuarta Internacional que él mismo consideraba como la parte más importante del trabajo de su vida fueron generalmente ignorados o menospreciados por numerosas personalidades que se reclamaban anti-burocráticas, pero que se negaban a crear la herramienta fundamental para poder derrotar a los elementos acaudillados por Stalin.

A fines de 1937, Trotsky estaba convencido de que la fundación ya no podía ser aplazada. La inminencia de la guerra lo exigía. Su máxima preocupación política durante todo este período fue demarcar y enfrentar a los elementos indecisos e irresolutos dentro y fuera del Movimiento Pro Cuarta Internacional y preparar sus núcleos política, ideológica y psicológicamente, para la próxima guerra y sus nuevas responsabilidades.

La fundación

En septiembre de 1938 se reunió en París la Conferencia de Fundación de la Cuarta Internacional, aprobándose el documento conocido como el Programa de Transición, la Agonía del Capitalismo y las Tareas de la Cuarta Internacional.

Signo de los tiempos que corrían, varios de los hombres responsables de la organización de esa conferencia fundacional, incluido el propio hijo mayor de Trotsky, León Sedov, fueron asesinados en los meses y años previos por la GPU, que incluso robó varios documentos de gran importancia para el debate preparatorio.

La conferencia misma no pudo durar más de un día: excederse de ese plazo significaba darle tiempo suficiente a los asesinos de la burocracia a descubrir el lugar de reunión. La voluntad revolucionaria, la convicción sobre la necesidad urgente de crear la Cuarta Internacional, aseguró que aun bajo esa implacable persecución pudiera nacer la Internacional.

Con Trotsky, hasta el final

por Joe Hansen, su secretario y dirigente trotskista norteamericano, Agosto de 1940

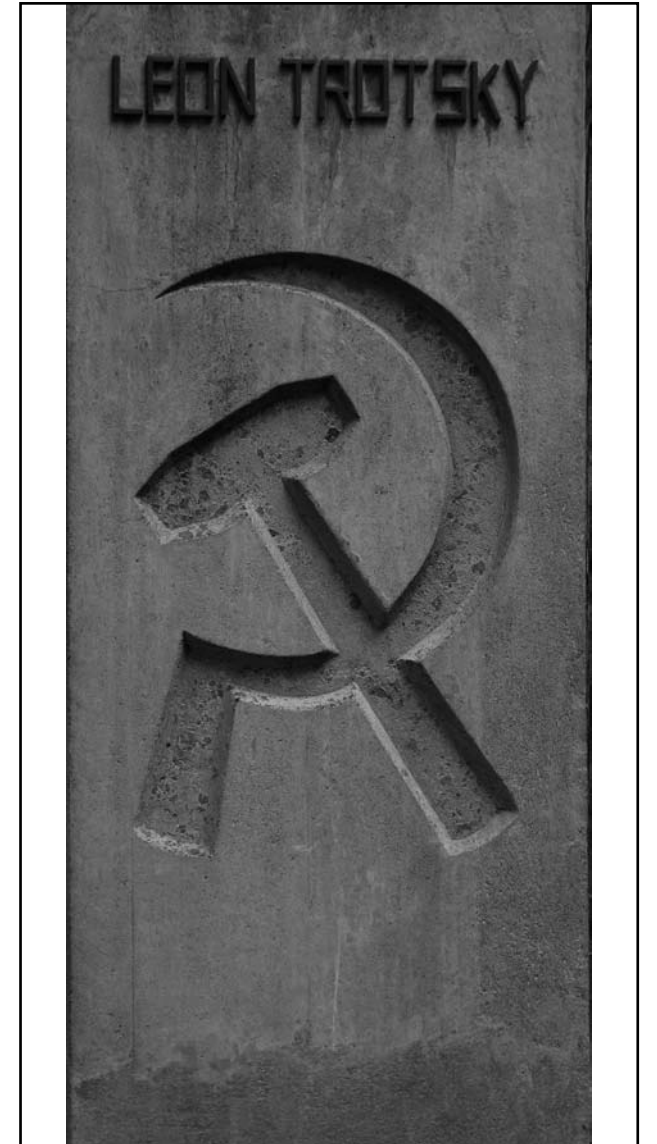
Desde el ataque de ametralladora hecho por la GPU al dormitorio de Trotsky el 24 de mayo, la casa de Coyoacán se había transformado prácticamente en una fortaleza. Se aumentó la guardia, estaba mejor armada. Se instalaron puertas y ventanas anti-balas. Un reducto fue construido con techo y piso a prueba de bombas. En el lugar de la vieja puerta de madera donde Robert Sheldon Harte fue sorprendido y secuestrado por los perseguidores de la GPU se pusieron puertas de acero doble, controladas por interruptores eléctricos. Tres torres nuevas anti-bala dominaban no sólo el patio sino todo el barrio alrededor. Se estaban preparando marañas de alambre de púa y redes contra bombas.

Toda esta construcción fue posible gracias a los sacrificios de los simpatizantes y militantes de la Cuarta Internacional, que hicieron todo lo que pudieron para protegerlo, sabiendo que era seguro que Stalin intentaría otro ataque más desesperado después de haber fallado el 24 de mayo. El gobierno mexicano, el único país en la tierra que había aceptado asilarlo a Trotsky en 1937, triplicó la cantidad de guardias que se turnaban afuera de la casa, haciendo todo a su alcance para salvaguardar la vida del exiliado más famoso del mundo.

Únicamente la forma del nuevo ataque era desconocida. ¿Otro ataque de ametralladora con más agresores? ¿Bombas? ¿Cachiporrazos? ¿Envenenamiento?

20 de agosto de 1940

Yo estaba en el techo, cerca de la torre de guardia principal con Charles Cornell y Melquíades Benítez. Estábamos conectando una sirena poderosa con el sistema de alarma para ser usado cuando la GPU atacara nuevamente. Al atardecer, entre las 17:20 y las 17:30, Jacson, a quien conocíamos como simpatizante de la Cuarta Internacional y como marido de Sylvia Ageloff, anteriormente militante del Socialist Workers Party, llegó en su Buick sedan. En lugar de estacionarlo con el radiador hacia la casa, como era su costumbre, dió una vuelta completa en la calle, estacionando el auto paralelo a la pared, con la nariz hacia Coyoacán. Cuando se bajó del auto, nos saludó moviendo la mano y gritó: "Ya llegó Sylvia?" Estábamos un poco sorprendidos. No sabíamos que Trotsky había citado a Sylvia y Jacson, pero relacionamos nuestra falta de conocimiento con un olvido de Trotsky, lo cual era común en relación a estas cuestiones. "No", le dije a Jacson, "espera un momento". Entonces, Cornell hizo funcionar los controles eléctricos y las puertas dobles y Harold Robins recibió a la visita en el patio. Jacson tenía un impermeable cruzado sobre el brazo.



Era la época lluviosa y aunque brillaba el sol sobre las montañas del sudoeste había nubarrones que amenazaban con tormenta.

Trotsky estaba en el patio dándole de comer a los conejos y a las gallinas (era su forma de hacer un poquito de ejercicio por la vida encerrada que estaba obligado a llevar). Esperamos que, como era su costumbre, Trotsky no entraría a la casa hasta que hubiera terminado de darles de comer o hasta que Sylvia llegara. Robins estaba en el patio. Trotsky no tenía la costumbre de verlo a Jacson a solas.

Melquíades, Cornell y yo seguimos trabajando. Durante los próximos diez o quince minutos estuve sentado en

la torre principal escribiendo los nombres de los guardianes sobre etiquetas blancas que serían colocadas en los interruptores conectando sus habitaciones con el sistema de alarma.

Un grito terrible cortó la calma de la tarde. Un grito prolongado y agonizante, casi un sollozo. Me hizo saltar sobre mis pies, con un escalofrío que me helaba los huesos. Corrí para salir de la guardia al techo. ¿Era un accidente de uno de los diez obreros que estaban remodelando la casa? Desde el estudio del Viejo salía sonidos de lucha violenta, y Melquíades estaba apuntando con un rifle a la ventana de abajo. Trotsky se hizo visible por un momento con su chaqueta de trabajo azul, peleando cuerpo a cuerpo con alguien.

"¡No tires!", le grité a Melquíades, "¡le puedes pegar al Viejo!". Melquíades y Cornell se quedaron en el techo, cubriendo las salidas del estudio. Encendí la alarma general, bajé por la escalera a la biblioteca. Cuando entré por la puerta que conectaba a la biblioteca con el comedor, el Viejo trastabillaba saliendo de su estudio algunos metros, con sangre chorreando por su cara.

"Vean lo que han hecho"

Al mismo tiempo, Harold Robins entró por la puerta norte del comedor con Natalia siguiéndolo. Natalia, echando sus brazos alrededor de Trotsky, lo sacó al balcón. Harold y yo corrimos detrás de Jacson, que estaba parado en el estudio jadeando con su cara trastornada, sus brazos caídos. Una pistola automática colgaba de su mano. Harold estaba más cerca de él.

"Encárgate de él", dije, "iré a ver qué pasó con el Viejo". No había terminado de darme la vuelta cuando ya Robins tenía el asesino reducido contra el piso.

Trotsky se arrastraba al comedor. Natalia, llorando, trataba de ayudarlo. "Vean lo que han hecho", dijo ella. Cuando abrazó al Viejo se vino abajo cerca de la mesa del comedor.

La herida en su cabeza parecía superficial a primera vista. Yo no había escuchado ningún tiro. Jacson debía haberle pegado con algún instrumento. "¿Qué pasó?" le pregunté al Viejo.

"Jacson me tiró con un revólver. Estoy herido gravemente... siento que esta vez es el fin".

"Sólo es una herida superficial. Se va a recuperar", traté de darle confianza.

"Hablamos sobre estadísticas francesas", respondió el Viejo.

"¿Le pegó desde atrás?" le pregunté. Trotsky no respondió.

"No le disparó", le dije; "no escuchamos ningún tiro. Le pegó con algo."

Trotsky parecía dudar. Apretó mi mano. Entre las frases que intercambiamos, habló con Natalia en ruso. Llevaba la mano de ella continuamente a sus labios. Trepé nuevamente al techo y le grité a la policía del otro lado de la

pared; "¡Llaman a la ambulancia'. Les dije a Cornell y a Melquíades: "Es un atentado. Jacson..." En ese momento mi reloj pulsera marcaba las 16:50.

Nuevamente estaba al lado del Viejo. Cornell estaba conmigo. Sin esperar la ambulancia de la ciudad, decidimos que Cornell fuera a buscar al doctor Dutren, que vivía cerca y había atendido a la familia anteriormente. Como nuestro auto estaba encerrado en el garaje, con las puertas dobles, Cornell decidió usar el auto de Jacson que estaba parado en la calle.

Cuando Cornell salió de la habitación, sonidos de pelea nuevamente se escucharon provenientes del estudio donde Robins tenía a Jacson.

"Dígale a los muchachos que no lo maten!", dijo el Viejo. "Tiene que hablar".

Dejé a Trotsky con Natalia y entré al estudio. Jacson yacía sobre la mesa cercana. En el piso había un instrumento ensangrentado, que a mi modo de ver era un pico de ceador, pero con la parte de atrás con forma de hachuela. Me lancé a la lucha contra Jacson, pegándole en la boca y en la mandíbula abajo de la oreja, rompiéndome la mano.

A medida que Jacson recobraba su conciencia lanzaba gemidos. "Encarcelaron a mi mamá... Sylvia Ageloff no tuvo nada que ver con esto... No, no fue la GPU. No tengo nada que ver con la GPU..." Subrayaba las palabras que lo diferenciaban del GPU como si de golpe se hubiera acordado que el libreto de su papel decía que aquí había que hablar en voz alta. Pero ya se había delatado. Cuando Robins redujo al asesino, Jacson pensó que era su fin. Se había retorcido aterrorizado; de sus labios escaparon palabras que no pudo controlar: "Me obligaron a hacerlo". Había dicho la verdad. La GPU lo obligó a hacerlo.

Cornell irrumpió en el estudio. "Las llaves no están en el auto". Trató de encontrarlas en la ropa de Jacson pero no lo consiguió. Mientras buscaba, corrí a abrir las puertas del garaje. En unos segundos Cornell estaba en cambio, en nuestro auto.

Esperamos a que Cornell volviera. Natalia y yo estábamos arrodillados al lado del Viejo, sosteniendo sus manos. Natalia había limpiado la sangre de su cara y había puesto hielo sobre su cabeza, que ya se estaba hinchando. "Le pegó con un pico", le dije al Viejo. No le pegó un tiro. Estoy seguro que sólo es una herida superficial".

"No", respondió. "Yo siento aquí (indicando el corazón) que esta vez han logrado".

Traté de darle confianza, "No, es sólo una herida superficial; se va a mejorar".

Pero el Viejo sólo sonrió levemente con sus ojos. El sabía... "Cuide a Natalia. Ha estado conmigo muchos, muchos años". Apretó mi mano mientras la miraba. Parecía estar bebiendo sus rasgos, como si estuviese por dejarla para siempre, comprimiendo, en estos segundos veloces, todo el pasado dentro de una última mirada.

"Lo haremos", le prometí. Mi voz parecía lanzar entre

los tres el entendimiento de que este realmente era el final. El Viejo sostenía nuestras manos, apretándolas de pronto. De repente saltaron lágrimas de sus ojos. Natalia lloró desconsoladamente, volcándose sobre él, besando su mano.

Cuando el Dr. Dutren llegó, los reflejos del lado izquierdo del Viejo ya estaban fallando. Unos minutos después, la ambulancia vino y la policía entró en el estudio para llevarse al asesino.

Natalia no quiso dejar que lleven al Viejo al hospital -fue en un hospital de París que su hijo, León Sedov, había sido asesinado sólo dos años antes.

Por un momento o dos, el mismo Trotsky, acostado en el piso, tuvo dudas.

"Iremos con usted", le dije.

"Dejo que tú decidas", me dijo, como si ahora estuviera dejando todo en manos de los que lo rodeaban, como si los días en los que tomaba decisiones fueran cosa del pasado.

Antes de haber ubicado al Viejo en una camilla, susurró nuevamente: "Quiero que todo lo que tengo sea de Natalia". Entonces, con una voz que penetraba profundamente hasta los mejores sentimientos de los amigos arrodillados a su lado... "La van a cuidar..."

Natalia y yo hicimos el triste recorrido con él hasta el hospital. Su mano derecha se perdía encima de las sábanas que lo tapaban, hasta que tocaron una palangana cerca de su cabeza y encontró a Natalia. Trotsky susurró, tirándome para bajo con insistencia, cerca de sus labios para que yo escuchara: "Es un asesino político. Jacson es miembro de la GPU o un fascista. Lo más probable de la GPU".

Impresiones de Jacson estaban recorriendo la mente del Viejo. En las pocas palabras que le quejaban, me estaba diciendo el curso que él pensaba que debería seguir nuestro análisis del ataque, sobre la base de los hechos que ya teníamos. La GPU de Stalin es culpable pero debemos dejar abierta la posibilidad de que tuvieron ayuda de la Gestapo de Hitler. El no sabía que la tarjeta de presentación de Stalin en la forma de una "confesión" estaba en el bolsillo del asesino.

Las últimas horas

En el hospital, los médicos más importantes de México se reunieron en consultas. El Viejo, exhausto, herido de muerte, con los ojos casi cerrados, miraba hacia mi lado desde la angosta cama del hospital, y movía débilmente su mano derecha. "Joe, ¿tiene... un... cuaderno?"

¿Cuántas veces me había hecho la misma pregunta! Pero en tono vigoroso, con la sutil ironía que nos lanzaba acerca de la "eficiencia norteamericana".

Ahora, su voz era pastosa, casi no se podían distinguir las palabras. Hablaba con mucho esfuerzo, luchando contra la oscuridad que lo invadía. Me apoyé en la cama. Parecía que sus ojos habían perdido esos destellos ve-

locos de la enérgica inteligencia tan característica del Viejo. Sus ojos estaban fijos, como se ya no percibieran el mundo exterior y sin embargo sentí esa voluntad enorme apartando la oscuridad que lo extinguía, negándose a cederle a su enemigo hasta haber cumplido su última tarea. Despacio, entrecortado, dictó, escogiendo dolorosamente las palabras de su último mensaje a la clase obrera en inglés, un lenguaje que le era extraño. ¡En su lecho de muerte no olvidó que su secretario no hablaba ruso!

"Estoy cerca de la muerte por el golpe de un asesino político... que me dio en la habitación. Peleé contra él... iniciamos,... una... conversación sobre estadísticas francesas... él me golpeó... Por favor dile a mis amigos... Estoy seguro... de la victoria... de la 1a Cuarta Internacional... Adelante."

Trató de decir más cosas; pero no se podían entender las palabras. Su voz fue desapareciendo, los ojos cansados se cerraron. No volvió a la conciencia. . Esto ocurrió alrededor de dos horas y media después de haber sido golpeado.

Tomaron una radiografía de la herida y los médicos decidieron que era necesaria una operación inmediatamente. El cirujano a cargo del hospital hizo el trabajo delicado de trepanar delante de los principales especialistas mexicanos y los médicos de la familia. Descubrieron que el pico había penetrado siete centímetros, destruyendo mucho tejido del cerebro. Algunos de estos médicos declararon que el caso no tenía solución. Otros le dieron al Viejo la oportunidad de pelearla.

Luego de más de veintidós horas de la operación, la desesperación se turnó con la esperanza de que sobreviviría. Durante horas terribles escuchamos la respiración pesada del Viejo mientras yacía en la cama del hospital. Con su cabeza afeitada y vendada, era sorprendente el parecido con Lenin.

Nos acordamos de los días en que habían dirigido la primera revolución triunfante de la clase obrera.

Natalia se negaba a salir del cuarto, no comía, miraba con los ojos secos, las manos entrelazadas, con los nudillos blancos, mientras las horas pasaban una tras otra durante esa noche larga y terrible. Y el día siguiente, que fue interminable. Los informes de los médicos veían signos favorables, una mejoría ocasional y, hasta el final, sentimos que de alguna manera, este hombre que había sobrevivido a las cárceles del zar, los exilios, tres revoluciones, los juicios de Moscú, sobreviviría este golpe traicionero sin nombre que le había dado Stalin.

Pero el Viejo tenía más de sesenta años. Había estado mal de salud durante unos meses. A las 19:25 del 21 de agosto, entró en la crisis final. Los doctores trabajaron durante veinte minutos, utilizando todos los métodos científicos que tenían a su disposición. Pero ni la adrenalina podía revivir el gran corazón y la gran mente que Stalin había destruido con un pico-hacha.

La revolución política se hace realidad

Tras la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que aumentaba el control de la burocracia en Europa del Este, se iniciaba la crisis del stalinismo en la URSS. En 1953 moría el dictador, y comenzaba la desestalinización, que llegó a su pico en 1958, durante el XX Congreso del Partido Comunista encabezado por Jrushev.

Este proceso fue frenado en 1964 y se inició un largo periodo de veinte años de estancamiento encabezado por Brezhnev.

Pero el comienzo de crisis del sistema burocrático en la URSS dio impulso a las luchas contra la ocupación en Europa del Este: en 1953 en Alemania, en 1956, la famosa rebelión de los consejos en Hungría, en 1968 la primavera de Praga en Checoslovaquia. Estos primeros intentos de revolución no prosperaron y fueron reprimidos por los tanques soviéticos, pero fueron el preludio de las batallas que se avecinaban.

La Perestroika y la glasnost

La crisis continuó desarrollándose en la URSS al tiempo que la economía se estancaba.

En 1985, Mijail Gorbachov, nuevo secretario general del PCUS, propuso dos cosas para enfrentar la crisis: Perestroika y glasnost. Perestroika quería decir entregar las fábricas a los burócratas como propiedad privada, abriendo el país al capitalismo.

Glasnost quería decir mantener el régimen totalitario, permitiendo ciertas libertades para evitar que el descontento lo destruyera.

Pero ya no había tiempo para reformas. El sistema estaba podrido. En 1987 estallaron los conflictos nacionales en Armenia y luego las enormes movilizaciones por la independencia de los países bálticos. En todo el país empezaron a surgir clubes de discusión, partidos y todo tipo de publicaciones y las grietas de la burocracia se convirtieron en abiertas divisiones, con el burócrata Boris Yeltsin desafiando el poder de Mijail Gorbachov.

1989

Este fue el año de las grandes revoluciones contra los regímenes totalitarios comunistas, que se fueron alimentando la una a la otra: en abril empezó la insurrección de Tian an mein en China, que fue brutalmente reprimida del 3 al 4 de junio. Antes de que los cañones de los tanques dejaran de humear, la gran gesta de los estudiantes y trabajadores chinos se trasladó como una onda telúrica subterránea hasta el centro de Europa: ese mismo 4 de junio, el pueblo polaco derrotaba al régimen

totalitario de Jaruzelski, dándole a Solidaridad, el gran sindicato de masas, el triunfo aplastante en las primeras elecciones libres en décadas.

Había pasado un mes, y el 10 de julio, los mineros soviéticos decidieron seguir el ejemplo de Solidaridad. La diferencia es que se trató de la primera gran huelga de la segunda clase obrera más poderosa del mundo, en el corazón del sistema totalitario, hiriendo a la bestia en el corazón.

En menos de cinco meses, cayó el Muro de Berlín y se unificó Alemania. Como fichas de dominó cayeron todos los regímenes totalitarios en Alemania, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumania. Para la Navidad de ese año, todo había concluido.

Dos años después, en julio de 1991, otra poderosa huelga minera en la URSS, terminaba la labor de demolición empezada en 1989.

En agosto, un fallido intento de golpe militar desató una revolución, que terminó derribando al ya muy debilitado Gorbachov, echando por tierra sus planes de entregar el país al imperialismo manteniendo lo esencial del régimen totalitario. Antes de terminar 1991, la Unión Soviética dejaba de existir, poniendo punto final a la triste historia de las dictaduras comunistas.

El triunfo de las revoluciones

La cadena de revoluciones de 1989 tuvo efectos muy parecidos a los de las revoluciones que derribaron a las dictaduras militares en América Latina en los años ochenta.

La desaparición de los regímenes totalitarios del Este, si bien no destruyó a la burocracia gobernante, provocó una crisis tremenda en los aparatos estatales de esos países.

En Alemania, las masas se abalanzaron sobre las sedes de la policía secreta (Stasi), el Ejército Rojo se retiró de toda Europa, retrocediendo en desbandada, y luego se dividió al desintegrarse la Unión Soviética.

Los soldados empezaron a vender sus armas y sus cascos, los detectives de la KGB se quedaron sin oficio: Vladimir Putin, actual primer ministro ruso, que era espía en Alemania, tuvo que volver a manejar un taxi. Se abrió un enorme vacío político, y se creó un espacio de inmensas libertades democráticas. Aparecieron miles de partidos y de grupos de oposición.

En todos los países hubo elecciones, aparecieron miles de periódicos y publicaciones, y los trabajadores, liberados de las cadenas burocráticas, empezaron a hacer

sus propias organizaciones, partidos y sindicatos independientes, y se reencontraron las clases trabajadoras de las dos partes de Europa.

Quiénes las hicieron

Los grandes protagonistas fueron los trabajadores: en todos lugares surgieron nuevos sindicatos y organismos, que se pusieron al frente de la lucha. El ejemplo más desarrollado fue Solidaridad en Polonia, cuyas huelgas obligaron a dar las elecciones parlamentarias del 4 de junio, que provocaron la primera caída de un régimen comunista totalitario.

Un mes después, la huelga minera en la URSS condujo a la creación del Sindicato Independiente Minero y de muchos otros. En noviembre cayó el Muro y días después, en Checoslovaquia, movilizaciones multitudinarias de jóvenes llevaron a la formación de un comité nacional estudiantil y de comités de huelga en todas las fábricas, y se convocó una huelga general que derribó al régimen impuesto por la ocupación de 1968.

Antes de finalizar el mes, en Bulgaria, tras cuatro días de huelga general convocada por el nuevo sindicato independiente Podkrepa, cayó el régimen de Todor Jivkov, y en diciembre, el pueblo rumano derribó al dictador Ceausescu y a su señora Elena, fusilándolos el día de Navidad. En 1990, nueva huelga minera en la URSS, huelga general en Georgia, Azerbaijón y Bielorrusia. En 1991, tras un golpe fallido, Gorbachov renunciaba y se disolvía la Unión Soviética.

Contra quién

Amplios sectores de la izquierda y el trotskismo opinan que el resultado de estas revoluciones fue una terrible derrota: restaurar el capitalismo. Pero pierden de vista que las revoluciones se hicieron contra los planes restauracionistas de las burocracias gobernantes, cuyo objetivo era el mismo de China: traer el capitalismo de vuelta, bajo el látigo de una férrea dictadura.

En Polonia, la dictadura militar del general Jaruzelski endeudó al país en 40.000 millones de dólares y sus planes económicos desataron una enorme inflación, que generó las huelgas de Solidaridad.

El régimen húngaro, uno de los primeros en abrirse al capitalismo, fue uno de los primeros en caer, con una inflación del 30% y la deuda externa per cápita más alta de Europa. En la URSS, Gorbachov abrió las compuertas para la privatización de las fábricas estatales y elaboró el plan de los 500 días para abrir el país a la competencia capitalista bajo el control del Estado, pero su plan fue derrotado.

Ilusiones y desilusiones

En todas partes se generaron enormes expectativas. Pero, como sucedió en América Latina, los triunfos de las masas fueron usurpados por los burócratas de antes



(ahora disfrazados de demócratas), y por nuevos partidos que predicaban a voz en cuello la restauración del capitalismo.

El programa de los nuevos gobiernos fue el mismo que el de sus antecesores, con la diferencia de que los triunfos revolucionarios debilitaron al máximo a los aparatos estatales y sus fuerzas represivas, impidiéndoles aplicar los planes hasta el final.

Los trabajadores dieron un gran paso al derribar a dictaduras odiadas que ya aplicaban los planes de restauración capitalista, pero estos triunfos no fueron suficientes para terminar de derribar a la burocracia.

Desde entonces, los trabajadores no han dejado de luchar, pero la diferencia es que ahora se dirigen directamente contra el imperialismo, la burocracia y la nueva burguesía y sus planes capitalistas.

2009: El fracaso del capitalismo

Hasta hace poco, la prensa imperialista nos vendía el milagro de los países del Este. Hoy Europa del Este es una de las regiones más vapuleadas por la crisis económica mundial.

Esto obligó a los trabajadores a ponerse en movimiento nuevamente: en el 2009, cayeron o perdieron el poder cinco gobiernos: Letonia; Hungría, Bulgaria, Rumania, República Checa, en medio de huelgas y bloqueos de caminos.

Este es el camino de la nueva revolución que se prepara, esta vez en unidad con la lucha que libran los trabajadores de Europa Occidental.

Ser trotskista hoy

En un reportaje realizado en agosto de 1985, Nahuel Moreno definía así el significado de ser trotskista.

En líneas generales, significa defender las posiciones de principio del socialismo, del marxismo. Es decir, los trotskistas hoy día son los únicos defensores, según mi criterio, de las verdaderas posiciones marxistas.

Empecemos por entender qué significa ser verdaderamente marxista. No podemos hacer un culto, como se ha hecho de Mao o de Stalin. Ser trotskista hoy día no significa estar de acuerdo con todo lo que escribió o lo que dijo Trotsky, sino saber hacerle críticas o superarlo, igual que a Marx, que a Engels o Lenin, porque el marxismo pretende ser científico y la ciencia enseña que no hay verdades absolutas. Eso es lo primero, ser trotskista es ser crítico, incluso del propio trotskismo.

En el aspecto positivo, ser trotskista es responder a tres análisis y posiciones programáticas claras. La primera, que mientras exista el capitalismo en el mundo o en un país, no hay solución de fondo para absolutamente ningún problema: empezando por la educación, el arte, y llegando a los problemas más generales del hambre, de la miseria creciente, etcétera.

Unido a esto, aunque no es exactamente lo mismo, el criterio de que es necesaria una lucha sin piedad contra el capitalismo hasta derrocarlo, para imponer un nuevo orden económico y social en el mundo, que no puede ser otro que el socialismo.

Segundo problema, en aquellos lugares en donde se ha expropiado a la burguesía (hablo de la URSS y de todos los países que se reclaman del socialismo), no hay salida si no se impone la democracia obrera. El gran mal, la sífilis del movimiento obrero mundial es la burocracia, los métodos totalitarios que existen en estos países y en las organizaciones obreras, los sindicatos, los partidos



que se reclaman de la clase obrera, y que han sido corrompidos por la burocracia. Y éste es un gran acierto de Trotsky, que fue el primero que empleó esta terminología, que hoy día es universalmente aceptada. Todos hablan de burocracia, a veces hasta los propios gobernantes de estos estados que nosotros llamamos obreros. Mientras no haya la más amplia democracia no comienza a construirse el socialismo. El socialismo no sólo es una construcción económica. El único que hizo este análisis es el trotskismo, y también fue el único que sacó la conclusión de que era necesario hacer una revolución en todos estos estados y también en los sindicatos para lograr la democracia obrera.

Y la tercera cuestión, decisiva, es que es el único consecuente con la realidad económica y social mundial actual, cuando un grupo de grandes compañías transnacionales domina prácticamente toda la economía mundial. A este fenómeno económico-social hay que responderle con una organización y una política internacional. En esta era de movimientos nacionalistas

que opinan que todo se soluciona en el propio país, el trotskismo es el único que dice que sólo hay solución al nivel de la economía mundial inaugurando el nuevo orden, que es el socialismo. Para eso, es necesario retomar la tradición socialista de la existencia de una internacional socialista, que encare la estrategia y la táctica para lograr la derrota de las grandes transnacionales que dominan el mundo entero, para inaugurar el socialismo mundial, que será mundial o no será. Si la economía es mundial tiene que haber una política mundial y una organización mundial de los trabajadores para que toda revolución, todo país que hace su revolución, la extienda a escala mundial, por un lado; y por otro lado, cada vez le dé más derechos democráticos a la clase obrera, para que sea ella la que tome su destino; en sus manos por vía de la democracia. El socialismo no puede ser nada más que mundial. Todos los intentos de hacer socialismo nacional han fracasado, porque la economía es mundial y no puede haber solución económico-social de los problemas dentro de las estrechas fronteras nacionales de un país.

A quien hay que derrotar es a las transnacionales a escala mundial para entra en la organización socialista mundial. Por eso, la síntesis del trotskismo hoy día es que los trotskistas son los únicos en el mundo entero que tienen una organización mundial (pequeña, débil, todo lo que se quiera) pero la única internacional existente, la Cuarta Internacional, que retomada la tradición de las internacionales anteriores y la actualiza frente a los nuevos fenómenos, pero con la visión marxista: que es necesaria una lucha internacional.

Cronología

1879 Nace el 26 de Octubre (7 de noviembre según el nuevo calendario) en la ciudad de Yanovka, Ucrania.

1897 Colabora en la fundación de la Unión Obrera del Sur de Rusia.

1898 Es arrestado por primera vez a causa de su actividad clandestina.

1899 Es condenado a la deportación a Siberia.

1900 Contrae matrimonio en prisión con Alexandra Sokolovskaya.

1902 Huye de la deportación sirviéndose de un pasaporte falso. Adopta el seudónimo de León Trotsky. Se encuentra con Lenin por primera vez en Londres.

1903 Comienza a colaborar en la "Iskra". Conoce a Natalia Sedova en París. Participa en Bruselas en el segundo congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, que va a dar origen a la división entre bolcheviques y mencheviques.

1904 Publica "Nuestras tareas políticas". Rompe con los mencheviques por estar en desacuerdo con la alianza con los liberales.

1905 Vuelve a Rusia y participa activamente en la revolución y es elegido presidente del soviet de Petrogrado. Publica con Parvus y Mortov el periódico "Nachalo". Es arrestado y encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo, de Petrogrado.

1906 Es condenado a la pérdida de derechos civiles y a la deportación de por vida. Escribe "Balances y Perspectivas", en la que expone la teoría de la revolución permanente.

1907 Segunda deportación a Siberia. Escapa y llega a Londres, donde participa en el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Se establece en Viena, donde residirá hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, en 1914.

1908 Comienza a publicar "Pravda" en colaboración con A. Joffe.

1912 Después de la escisión entre bolcheviques y mencheviques, hace una tentativa de reunir en una conferencia a todas las tendencias socialdemócratas. Es enviado a los Balcanes como corresponsal de guerra del periódico "Kievskaya Misl".

1914 Se refugia en Suiza, donde escribe "La guerra y la Internacional". En noviembre se traslada a Francia. Inicia la colaboración en "Golos", periódico dirigido por Martov.

1915 En septiembre participa en la famosa reunión de socialistas internacionales contrarios a la primera mundial que tiene lugar en Zimmerwald Suiza.

1916 Expulsado de Francia, se refugia en España, donde es arrestado y embarca para los Estados Unidos.

1917 Revolución de febrero. Vuelve a Rusia el 17 de mayo y es incluido en el Comité Ejecutivo del soviet de la ciudad. Dirige un grupo de revolucionarios denominado "interdistrito", que se unifica con el partido bolchevique en julio. Elegido presidente del soviet de Petrogrado. Asume la dirección del Comité Militar Revolucionario. Juega un papel decisivo en la preparación de la insurrección de octubre. Es nombrado Comisario de Asuntos Exteriores y dirige la delegación en Brest-Litovsk.

1918 Comienza la guerra civil. Trotsky es nombrado Comisario del Pueblo para la defensa. En Alemania se proclama la República de los Consejos.

1919 Fundación de la III Internacional en Moscú. En Alemania, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son asesinados.

1920 Segundo Congreso de la III Internacional. Trotsky, comandante del Ejército Rojo, informa a los delegados de una serie de victorias que preanuncian el final de la guerra civil. Escribe el libro Terrorismo y Comunismo.

1921 En Alemania fracasa la huelga general. Tercer Congreso de la III Internacional Comunista.

1922 La salud de Lenin se deteriora. Stalin es designado Secretario General. Mussolini llega al poder. Lenin propone a Trotsky construir un bloque contra el burocratismo y escribe su testamento. Cuarto Congreso de la III Internacional Comunista.

1923 Lenin dicta la posdata de su testamento en donde recomienda que Stalin sea apartado del cargo de Secretario General del Partido. Carta de Trotsky denunciando el régimen del partido y la burocratización de su aparato.

1924 El 24 de enero, muere Lenin. Stalin engaña a Trotsky sobre la fecha del entierro para mantenerlo alejado del funeral. El CC del PCUS conoce

el testamento de Lenin y se niega a destituir a Stalin. XIII Conferencia del partido. Trotsky no participa. En ella se condenan las posiciones de Trotsky y la de los 46.

Stalin describe al "trotskismo" como enemigo del leninismo y lanza la consigna: Socialismo en un sólo país. En China, el Kuomintang (partido nacionalista burgués) se reorganiza con la ayuda asesores rusos.

1925 Trotsky es separado de su cargo como Comisario del Pueblo para la Guerra. Surge la nueva Oposición. Escribe el libro ¿Adonde va Inglaterra?

1926 Fracasa la huelga general en Inglaterra. En el Pleno del CC del PC de la URSS se forma la oposición conjunta encabezada por Zinoviev, Kamenev y Trotsky. Trotsky y Kamenev son expulsados del Buró Político del PCUS.

1927 Golpe de Chiang Kai-Shek, jefe del Kuomintang, en Shangai (China). Ejecuciones masivas de comunistas y obreros con más de 100.000 muertos. Trotsky critica la política de Stalin para China por su capitulación al Kuomintang. Trotsky y Zinoviev son expulsados del CC (y a posteriori del partido), así como toda la Oposición. Adolf Joffe, amigo personal de Trotsky, se suicida.

1928 Trotsky es enviado a Alma Ata, en Kazajstán. La oposición conjunta se dispersa. Kamenev y Zinoviev capitulan a Stalin.

1929 Crack de la Bolsa de Nueva York, comienza la depresión de los años 30. Trotsky es expulsado de la URSS. La Oposición de Izquierda rusa publica el primer número de la revista Biulleten Opozitsii, editada por Trotsky. Trotsky escribe los libros La Revolución Permanente y Mi Vida.

1930 El nazismo avanza en Alemania. Se crea en París el Comité Internacional de la Oposición de Izquierda Internacional.

1931 León Sedov (hijo de Trotsky) instala la redacción del Biulleten Opozitsii en Berlín. Trotsky escribe Alemania, clave de la situación internacional.

1932 En Alemania los nazis consiguen 14 millones de votos (37%) y se convierten en el primer partido del país. Stalin le retira la ciudadanía a Trotsky. Zinoviev y Kamenev nuevamente son expulsados del Partido Comunista.

1933 Adolf Hitler es designado canciller de Alemania. En Berlín se suicida Zinaida Volkova, hija de Trotsky. Se reúne en París la preconferencia de la Oposición de Izquierda Internacional. Trotsky llama a construir una nueva Internacional.

1934 Cristian Rakovski, uno de los máximos dirigentes de la Oposición de Izquierda rusa, capitula ante Stalin. Kirov es asesinado.

1935 Zinoviev, Kamenev y otros 17 detenidos son condenados a varios años de prisión por su "responsabilidad moral" en el homicidio de Kirov. La III Internacional (después de siete años) realiza el séptimo y último congreso en el cual aprueba la línea de los Frentes Populares.

1936 Victoria electoral del Frente Popular en España y Francia. Se inicia la Guerra Civil Española. Primer Proceso de Moscú. Zinoviev, Kamenev y otros 14 viejos bolcheviques son condenados a muerte y ejecutados. En París se reúne la Primera Conferencia Internacional para discutir la construcción de la Cuarta Internacional. Trotsky escribe La Revolución Traicionada.

1937 Segundo proceso de Moscú. Tujachevsky, Yakir, héroes de la guerra civil y otros jefes del Ejército Rojo son ejecutados. Trotsky y Natalia llegan a México.

1938 Muere asesinado León Sedov, hijo de León Trotsky. Tercer proceso de Moscú. Ejecutan a Bujarin, Ríkov y Kretinsky y a otros 18 antiguos bolcheviques. Secuestran y matan a Rudolph Klement, secretario de la IV Internacional. El 3 de septiembre, en las afueras de París, 21 delegados en representación de once secciones, fundan la IV Internacional y aprueban el Programa de Transición.

1939 Termina la Guerra Civil Española con la victoria de Franco. Pacto germano-soviético de no agresión. Comienza la Segunda Guerra Mundial. En el SWP de los EE.UU., la principal sección de la IV Internacional, comienza el debate en torno al carácter de la URSS.

1940 En mayo, atentado frustrado contra la vida de Trotsky. El 20 de agosto, un agente estalinista (Ramón Mercader) realiza un nuevo atentado contra Trotsky. Al día siguiente, como resultado de las graves heridas recibidas, Trotsky muere a la edad de 60 años.

Testamento

Mi presión arterial alta (que sigue aumentando) engaña a los que me rodean sobre mi estado de salud real. Me siento activo y en condiciones de trabajar, pero evidentemente se acerca el desenlace. Estas líneas se publicarán después de mi muerte.

No necesito refutar una vez más las calumnias estúpidas y viles de Stalin y sus agentes; en mi honor revolucionario no hay una sola mancha. Nunca entré, directa ni indirectamente, en acuerdos ni negociaciones ocultas con los enemigos de la clase obrera. Miles de adversarios de Stalin fueron víctimas de acusaciones igualmente falsas.

Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honor político y tratarán como se lo merecen a los verdugos del Kremlin.

Agradezco calurosamente a los amigos que me siguieron siendo leales en las horas más difíciles de mi vida. No nombro a ninguno en especial porque no puedo nombrarlos a todos.

Sin embargo, creo que se justifica hacer una excepción con mi compañera, Natalia Ivanovna Sedova. El destino me otorgó, además de la felicidad de ser un luchador de la causa del socialismo, la felicidad de ser su esposo.



Durante los casi 40 años que vivimos juntos ella fue siempre una fuente inextinguible de amor, bondad y ternura. Soportó grandes sufrimientos especialmente en la última etapa de nuestras vidas. Pero en algo me reconforta el hecho de que también conoció días felices.

Fui revolucionario durante mis cuarenta y tres años de vida consciente y durante cuarenta y dos luché bajos las banderas del marxismo. Si tuviera que comenzar todo de nuevo trataría, por supuesto de evitar tal o cual error, pero en lo fundamental mi vida sería la misma.

Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y, en consecuencia, un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es hoy menos ardiente, aunque sí más firme, que en mi juventud.

Natasha se acerca a la ventana y la abre desde el patio para que entre más aire en mi habitación. Puedo ver la brillante franja de césped verde que se extiende tras el muro, arriba el cielo claro y azul, y el sol brilla en todas partes. La vida es hermosa. Que las futuras generaciones la libren de todo mal, opresión y violencia y la disfruten plenamente.

“Sigo pensando que el trabajo en el que estoy empeñado, a pesar de su carácter extremadamente deficiente y fragmentario, es el más importante de mi vida; más que el de 1917, el de la Guerra Civil o cualquier otro.

Para expresarme con la mayor claridad, diría lo siguiente. Si yo no hubiera estado en Petrogrado en 1917, la Revolución de Octubre se hubiera producido de todas maneras, con la condición de que Lenin estuviera presente y en la dirección. Si ni Lenin ni yo hubiéramos estado en Petrogrado, no hubiera habido revolución de Octubre. ¿no me cabe la menor duda de que la dirección de partido bolchevique la habría impedido! Si Lenin no hubiera estado en Petrogrado, dudo de que yo hubiera podido vencer la resistencia de los dirigentes bolcheviques. La lucha contra el `trotskismo' (es decir, contra la revolución proletaria) hubiera comenzado en mayo de 1917 y el desenlace de la revolución hubiera estado en duda. Pero, repito, con la presencia de Lenin, la Revolución de Octubre hubiera triunfado. En términos generales podría decir lo mismo de la Guerra Civil, aunque en su primera etapa, sobre todo la época de la caída de Simbirsk y Kazán, Lenin vacilaba, acosado por las dudas. Pero fue sin duda un estado de ánimo pasajero que no confesó a nadie aparte de mí.

Por eso, no puedo decir que mi trabajo fue indispensable, ni siquiera en el periodo entre 1917 y 1921. Pero ahora mi trabajo es 'indispensable' en todos los sentidos. En esta afirmación no hay la menor soberbia. El derrumbe de las dos internacionales ha planteado un problema que ninguno de sus dirigentes está capacitado para resolver. 'Las vicisitudes de mi destino personal me han colocado frente al problema y me han dotado de una gran experiencia para abordarlo. No queda nadie, sino yo para llevar a cabo la misión de armar a una nueva generación con el método revolucionario, sobre las cabezas de los dirigentes de las internacionales Segunda y Tercera. ¡Y coincidido plenamente con Lenin (mejor dicho, con Turguéniev) en que el peor de los vicios es tener más de cincuenta y cinco años! Necesito por lo menos cinco años más de trabajo interrumpido para asegurar la sucesión."

Leon Trotsky, 1935

Edición Especial - Agosto de 2010

CONVERGENCIA DE IZQUIERDA

www.convergenciadeizquierda.org